

LOS SEMIDIOSES

CLARK CARRADOS

En realidad, lo único que tenía que hacer nuestro héroe era permanecer sentado durante cuatro horas diarias delante de una máquina. Ni siquiera tenía que tocarla ni manejar la menor palanca para que aquélla siguiera funcionando. Su trabajo era ése solamente, estar sentado delante de la máquina.

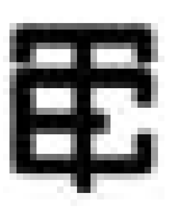
Lo único que veía Chet del aparato era un enorme panel que ocupaba toda una pared de unos cinco metros de alto por más del doble de ancho. Miles de lámparas piloto ocupaban casi todo el espacio frontero de la máquina y sus lucecitas multicolores se encendían y apagaban continuamente, en un chisporroteo que no cesaba jamás, que centelleaba día y noche. Cuando le tocaba su turno de trabajo, Chet ocupaba su puesto en una silla, detrás de una sencilla mesa de metal, y vigilaba la máquina.



Clark Carrados

Los semidioses

Bolsilibros - Espacio - El Mundo Futuro - 314



ePub r1.0
LDS 21.12.18

Título original: *Los semidioses*
Clark Carrados, 1963
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




Los SEMIDIOSES

CAPÍTULO PRIMERO



n verdad, no podía decirse que el trabajo que realizaba Chet Ritchie fuese extenuante.

En realidad, lo único que tenía que hacer nuestro héroe era permanecer sentado durante cuatro horas diarias delante de una máquina. Ni siquiera tenía que tocarla ni manejar la menor palanca para que aquélla siguiera funcionando. Su trabajo era ése solamente, estar sentado delante de la máquina.

Lo único que veía Chet del aparato era un enorme panel que ocupaba toda una pared de unos cinco metros de alto por más del doble de ancho. Miles de lámparas piloto ocupaban casi todo el espacio frontero de la máquina y sus lucecitas multicolores se encendían y apagaban continuamente, en un chisporroteo que no cesaba jamás, que centelleaba día y noche. Cuando le tocaba su turno de trabajo, Chet ocupaba su puesto en una silla, detrás de una sencilla mesa de metal, y vigilaba la máquina.

Ni siquiera sabía Chet qué hacía la máquina. Suponía, eso sí, que

era un cerebro calculador y que realizaba complicadas operaciones matemáticas para el gobierno, entidad que le pagaba el sueldo. Sabía que por algún lugar de la máquina, situado en el cuarto contiguo y opuesto, salía una larga banda de papel, llena de letras, cifras y signos, y que esa banda debía referirse a estados de alimentos, víveres, pertrechos, nóminas de empleados y quién sabía cuántas cosas más. Pero eso a él no le importaba, como a ninguno de los otros vigilantes del grupo de seis que se alternaban durante las veinticuatro horas del día.

En realidad, tampoco tenía que estar contemplando la máquina continuamente. Su postura ordinaria era reclinado en el sillón, con los pies sobre la mesa y una revista entre las manos, cuando no sobre los ojos. El día en que algo marchase mal en la máquina, lo sabría bien pronto, sin necesidad de levantar los ojos de la revista. Una gran lámpara roja, situada en el centro del panel, se encendería, a la vez que un timbre de alarma haría sonar sus estridentes chirridos. Entonces, él daría una voz de aviso y los especialistas en cibernética vendrían a investigar. Eso era todo.

Un trabajo sencillo y nada fatigoso, como pueda apreciarse. El sueldo que recibía subvenía ampliamente a sus necesidades. Chet era un muchacho de gustos y aficiones moderadas, soltero, joven, con poco más de un cuarto de siglo sobre las espaldas y con las perspectivas de vivir cien años más, si había que creer a los especialistas en la materia. Prácticamente, el único vicio que se permitía, aparte de la lectura, era una hora de ejercicio diario, a fin de mantener el cuerpo en forma.

Cualquier otro hombre hubiera sido feliz con un empleo semejante, que le dejaba veinte horas libres, de las veinticuatro del día, más fiestas regulares y fines de semana. Y, aunque Chet no se sentía precisamente un desgraciado, tampoco aquel trabajo era una cosa que colmase sus ansias. Sentía una cierta insatisfacción, cuyo origen no sabía explicar claramente. Quería algo más, pero no sabía ciertamente qué era lo que quería.

Marte y Venus estaban siendo colonizados con éxito, pero a Chet no le atraía la aventura de convertirse en espacionauta, no por el temor a los posibles peligros, sino porque era un tanto comodón o quizá porque vivía bien en la Tierra. Y, en cuanto a buscar otro género de aventuras, para sacudir la exasperante monotonía de su

vida, ¿dónde podía hallarlas, a menos que se dedicase al crimen o alguna actividad ilícita, cosa que le repugnaba profundamente? Hablando con franqueza, diremos que quería algo más que lo que actualmente poseía, pero que no sabía con certeza qué ambicionaba.

A pesar de todo, tampoco se daba una prisa excesiva en averiguarlo. Un oscuro presentimiento le venía diciendo, desde bastante tiempo antes, que un día u otro ocurriría algo que le sacaría de su forma de vida casi vegetativa…; pero los años transcurrían y ese suceso no se producía.

No tenía familia y vivía solo en un pequeño apartamiento compuesto de saloncito comedor, dormitorio, cocina y aseo. En el salón poseía un aparato de televisión y dos grandes estanterías repletas de libros. El conserje del edificio en donde vivía subía una vez por semana, revisaba su frigorífico y reponía los comestibles consumidos. Era sumamente fácil para él prepararse una comida, calentando el contenido de un par de latas y haciéndose unas tazas de café instantáneo. Los alimentos enlatados contenían ya la debida proporción de vitaminas; pero tampoco le faltaban de cuando en cuando algunas raciones de frutas y vegetales frescos, conservados por medio de congelación y que él deshelaba mediante unas horas a la temperatura ambiente. De vez en cuando, hacía una excursión a los lugares donde aún la naturaleza no había sido invadida por el hombre y así se deslizaban sus días, iguales uno al otro, sin variación apenas. Era lógico, pues, que Chet, viviendo solo y sin familia, desease algo más, pero no sabía definirlo con claridad.

Un buen día, al regresar de su trabajo y salir a la superficie desde el túnel del ferrocarril subterráneo, se tropezó con una muchacha. El encuentro fue fortuito, desde luego, pero causó en su ánimo una profunda impresión.

Ella era joven y de formas delicadas, pero, al mismo tiempo, firmes y compactas. Tenía el cabello de un delicioso tono de oro viejo y los ojos más azules que el joven había visto jamás. Su edad, calculó, oscilaba entre los veinte y veintidós años y, a juzgar por la insignia que ella ostentaba sobre el pecho, parecida a la suya, pertenecía a una de las oficinas gubernamentales. «Archivera o algo por el estilo», pensó.

La muchacha iba cargada con unos cuantos paquetes, que Chet

derribó al suelo en el encontronazo producido por la afluencia de gente. Pidiéndole disculpas cortésmente, la ayudó a recoger los paquetes desparramados y luego se despidió de ella con no menos cortesía.

Después de que se hubieron separado, Chet se lamentó de no haber pegado la hebra con la muchacha. Pero no era hombre demasiado práctico en el trato con las mujeres; era incluso bastante tímido, y no se atrevió a entablar con ella una conversación, temeroso de ser rechazado de manera poco agradable. Lanzando un suspiro, se encaminó hacia su casa, mientras pensaba en que vivir al lado de una mujercita tan deliciosa como aquella muchacha debía de ser un anticipo terrenal del paraíso.

Volvió a tropezarse con ella días más tarde. Chet le sonrió y ella le devolvió la sonrisa, con lo que dos encantadores hoyuelos aparecieron en sus mejillas. Viajaban en el mismo vagón y, aunque el gentío era extraordinario o quizá por esa misma razón, el joven no se decidió a dirigirle la palabra. Sin embargo, se prometió hacerlo a la primera ocasión que tuviera. Ella no parecía mostrársele esquiva ni tampoco daba la sensación de ser una mujer coqueta. Si le había sonreído, estimaba, era porque él tampoco le desagradaba.

Animado por tales reflexiones, estuvo vigilándola constantemente, con el natural disimulo, hasta que el convoy se detuvo en la estación donde él solía apearse de ordinario. Con gran satisfacción, observó que ella también bajaba allí.

La siguió a prudente distancia, buscando el modo de abordarla donde no hubiese tanta gente. Ella era de aventajada estatura y su cabellera, cuidadosamente peinada, destacaba como un casco de áureos reflejos en medio de las cabezas de la muchedumbre.

Llegaron a la escalera automática, atestada de personas. Ella subía una docena de escalones más arriba. Chet no la perdía de vista un solo momento. Ella, por su parte, no volvió la cabeza una sola vez.

La muchacha llegó al borde superior de la escalera. Luego había una docena más de peldaños y al fin se salía a la calle. Cuando Chet hubo llegado al rellano donde acaba la escalera automática, empezó a forcejear a fin de ganar espacio y aproximarse a la joven cuando salieran a la calle.

La muchacha alcanzó el último peldaño, ya en el exterior. Su cabellera brilló un momento; luego, desapareció.

Chet sintió que los ojos se le salían de las órbitas. ¡Ella había desaparecido!

Abriéndose paso a viva fuerza por entra al gentío, consiguió ganar la calle. Miró a derecha e izquierda, en todas direcciones. No se veía el menor rastro de la joven.

Se pasó la mano por la cara. Por unos momentos, temió haber sido objeto de una ilusión óptica, quizá de algún engaño. Pero no, su salud era excelente, su cerebro se hallaba en magnífico estado y su vista era óptima. No había habido ilusión alguna en ver a la muchacha primero en el tren y después en las escaleras.

Y, sin embargo, había desaparecido súbitamente, de un modo repentino, casi fantasmal. ¿Dónde se había ido? ¿Qué ardid había empleado para esfumarse? Y, sobre todo, ¿por qué había actuado de aquella manera tan incomprensible?

¿Le temía? ¿Por qué? Él era un sujeto normal, pacífico, inofensivo, cortés y acogedor con sus escasas amistades; no era un individuo aficionado a la persecución de mujeres jóvenes y hermosas; no era un donjuán profesional ni un hombre pagado de sus encantos varoniles. Claro que ella no podía saberlo, pero aun así…

Profundamente desconcertado, sin saber aún a ciencia cierta lo que había ocurrido, regresó a su casa. Todo lo que sabía era que la muchacha se hallaba a una decena escasa de metros delante de él y que, de repente, se había esfumado como por arte de magia, como esas lindas ayudantes a quienes un prestidigitador hace desaparecer en un escenario a la vista de millares de personas. Claro que en tales casos se trata siempre de hábiles trucos, más o menos ingeniosos, pero, en la ocasión presente, Chet sabía que no había habido truco alguno, no podía haberlo en un lugar atestado de gente.

Después de mucho cavilar, llegó a una desoladora conclusión: la muchacha había estado delante de él y de repente, ya no estaba. Eso era todo cuanto podía saber y, ciertamente, no era mucho.

Desazonado e inquieto por el singular incidente, cenó de mala gana. Leyó un rato, presenció su programa favorito de TV y al cabo se echó a dormir.

Aquella noche, en sueños, vio a la muchacha.

CAPÍTULO II



lla le dijo su nombre: Smara Olwin.

Chet la vio con toda claridad. Ella vestía de una forma muy distinta a como la había visto en las dos ocasiones anteriores, con traje de calle. Ahora cubría su esbelto cuerpo con una especie de túnica roja, muy ceñida a su angosto talle por un cinturón dorado de refulgente tejido. La túnica era muy cerrada de cuello, de mangas cortas y amplias, que llegaban hasta el codo, y por debajo, la falda alcanzaba a la mitad de los muslos. Sus piernas estaban cubiertas por unos pantalones muy ceñidos, del mismo color del cinturón y sus pies calzaban unos minúsculos zapatitos de alto tacón, hechos en una materia transparente que parecía vidrio flexible. Sobre el lado izquierdo del pecho llevaba una tira negra con tres cuadrados de oro, que se tocaban por los vértices. No pudo ver el lugar en que se hallaba ella, porque parecía flotar en el aire, en un espacio carente de solidez y de detalles circundantes; sólo a

ella se veía, aislada, etérea, llena de gracia y simpatía al mismo tiempo.

—Pero ¿quién eres tú? —le preguntó él, en sueños.

—Eso no importa por ahora —respondió Smara—. A su debido tiempo lo sabrás. De momento, conténtate con haberme visto.

Chet entendió que ella se despedía. Alarmado, «gritó»:

—¡Aguarda, no te vayas! Quiero preguntarte una cosa.

—¿Sí, Chet?

—¿Cuándo volveré a verte?

—Más adelante. Por ahora, sin embargo, me es imposible añadir una sola palabra más. Sólo debo decirte que tengas paciencia. Las pruebas han sido satisfactorias, Chet. Eso es todo. Adiós.

—¿Qué pruebas, Smara? —volvió a «gritar». Pero su apelación cayó en el vacío; la imagen de Smara se había esfumado ya, dejando en su lugar un negro vacío.

Chet se durmió profundamente a continuación, como si la desaparición de Smara hubiese provocado en él los mismos efectos que un narcótico. Estuvo durmiendo hasta que sonó el despertador que le indicaba era la hora de dar comienzo a la nueva jornada.

Despertó, sintiendo una extraña lucidez en su mente, Veía todo cuanto le rodeaba con muchísima más claridad, como si todas las cosas y objetos que había en la habitación estuviesen dotados de una luz propia, que, sin embargo, no provocaba un aumento desusado de la iluminación. Pudo darse cuenta de que percibía hasta los menores detalles, rasgos y ángulos que le habían pasado desapercibidos hasta entonces y el hecho le preocupó un poco.

Pero no sentía ningún daño físico; antes al contrario, se encontró mucho mejor, como si le hubiesen dado a tomar una droga revitalizadora. Era una singular sensación de euforia y bienestar, jamás percibida hasta entonces, y que hizo desaparecer rápidamente las preocupaciones de su imaginación.

Se levantó ágilmente y se encaminó al cuarto de baño. A mitad del camino se detuvo en seco.

—¡Smara! —exclamó en voz alta, sin poder contenerse.

Bruscamente, había acudido a su imaginación el sueño de la noche anterior.

¿Había hablado realmente con la muchacha? ¿No podía ser que ella hubiese penetrado en su apartamiento durante su sueño, quizá

provocado artificialmente, y le hubiese hablado como si él se encontrara en trance?

«Esto es absurdo», pensó al cabo. Pero la verdad era que conocía el nombre de la muchacha y un oscuro instinto le dijo que, fuesen cuales fueran las circunstancias en que había tenido lugar, la conversación había sido un hecho real y auténtico. ¿Era que al fin estaba llegando el día que tanto había ansiado y que había de cambiar su existencia de modo radical?

Por el momento, le era imposible saber más. De un modo u otro, había entrado con la muchacha y, aunque se dijo que todo podía ser producto de un sueño de su mente, exaltada por el incidente de la tarde anterior, algo le hizo saber en su interior que, si bien podía considerarse como un sueño en cierto modo, no cabía dudar de la autenticidad del mismo.

De pronto se preguntó a qué pruebas se había referido Smara. «Una prueba», pensó, «significa observación por parte de alguien». En tal caso, ¿quién le había estado observando?

Exhaló un profundo suspiro. Habría que tener paciencia, Smara se lo había recomendado. Y, ¿qué otra cosa podía hacer?

Se metió bajo la ducha. Los chorros de líquido reconfortaron su cuerpo notablemente. Permaneció unos momentos, disfrutando de la ducha, graduada a la temperatura conveniente, como hacía a diario.

Repentinamente notó una cosa extraña. Veía las gotas una a una.

No eran hilos de agua lo que bajaba del proyector de líquido, sino un conjunto de millares de gotas, cada una de las cuales distinguía con toda claridad, diferenciándose por completo de las restantes. Aunque el agua seguía fluyendo con la moderada violencia, a él le parecía que el líquido caía con soberana lentitud, como un inexplicable *ralentí* cuyas causas ignoraba totalmente.

Cerró la salida del agua y abrió el chorro de aire caliente para secarse. Un tenue zumbido invadió la estancia.

Su asombro creció al darse cuenta de que también «veía» el aire, es decir, el chorro de aire caliente, distinto del frío que le circundaba. Era como una serie de ondulaciones de suave color entre rosado y violeta, agitándose como cintas de seda al extremo de un mástil situado en la cúspide de una torre.

Cuando estuvo seco, cerró el paso del aire. Ya tenía las ropas

preparadas y se vistió. Desayunó maquinalmente, muy preocupado por las cosas que le estaban sucediendo, sin enterarse apenas de lo que comía. Al terminar, arrojó los envases y los cubiertos al sumidero. Unos chorros de agua y la trituradora arrastraron bien pronto los restos por las cañerías hasta la cloaca.

Y el caso era que físicamente se sentía mejor que nunca. Le pareció como si hubiera permanecido una larga temporada en un sanatorio de reposo, rehaciendo su quebrantada salud y que acababa de ser dado de alta, pero él no había estado jamás enfermo, nunca se había quejado de su magnífica salud. ¿Qué le sucedía, entonces?

En la calle, notó también otra serie de extraños fenómenos. Las gentes eran las mismas de siempre y, sin embargo, los rostros de las personas con quienes se cruzaba o viajaba en el ferrocarril subterráneo, le parecieron rudos, vulgares, desprovistos de toda gracia y simpatía. Incluso sus ropas daban la sensación de estar hechas de burdas telas, fabricadas por tejedores inexpertos con materiales de escasa calidad. Las mujeres le parecieron quizá no feas, aunque sí desagradables y, por descontado, no encontró hermosa a ninguna, cuando lo contrario era corriente cada día.

Llegó a su trabajo en un estado de ánimo imposible de describir, aunque procuró no demostrarla exteriormente. Relevó a su compañero, se enteró de que la máquina funcionaba a la perfección y, después de realizadas las formalidades de rigor, ocupó su puesto.

Durante largo rato, no ocurrió nada. Únicamente se daba cuenta de que veía las cosas bajo un prisma diferente, como si le hubiesen cambiado las retinas y le hubiesen dotado de un sistema de visión completamente distinto al suyo, pero, por supuesto, mucho más poderoso. Las luces se encendían y apagaban con entera normalidad, en la forma acostumbrada, y, al cabo de una hora, empezó a sentirse un poco mejor, es decir, creyó volver a la normalidad de todos los días.

De pronto, una súbita sensación que no sabía definir asaltó su mente. Presintió que algo estaba a punto de funcionar mal, que en algún lugar que no veía iba a cometer un error.

Aprensivamente, miró hacia la gran lámpara roja que debía dar la alarma. La lámpara aparecía apagada y el timbre silencioso. Pero sus aprensiones continuaban.

Paseó su vista por la fachada de la gigantesca computadora. De repente, sin saber a qué obedecía su gesto, sus ojos se quedaron clavados en un punto situado a metro y medio del suelo y a dos de la pared de su derecha. Sólo había estado una o dos veces en la habitación del otro lado, pero sabía que, precisamente, por aquel lugar salía la cinta de papel con las grabaciones elaboradas por la máquina.

¡Y de repente vio la cinta!

Su vista traspasó el metal y las complicadísimas entrañas de la máquina, pasó al otro lado de las paredes metálicas y de mampostería y llegó a la ranura por donde salía la tira de papel.

Vio y distinguió claramente las letras, cifras y signos inscritos en el papel, y entendió lo que querían decir aquella serie de grabados, todo ello en un tiempo infinitesimal, en una fracción de segundo.

Pero esto no era lo peor. Los cálculos de la máquina estaban equivocados.

¿Cómo lo sabía él?

Imposible responder, imposible hallar una explicación lógica y congruente para aquel extraño y, a la vez, terrible fenómeno. El operador, quienquiera que fuese, había solicitado a la máquina la solución de un problema de alta balística, destinado a economizar tiempo, espacio y combustible en las órbitas de las astronaves que viajaban a los planetas próximos. La máquina había dado su respuesta y, de acuerdo con ésta, los próximos viajes se harían en las condiciones indicadas por el artefacto.

Pero entonces ocurriría una catástrofe, ya que los cálculos estaban equivocados. Una astronave se perdería en el espacio y con ella, centenares de vidas, sin contar con los valiosos bienes y enseres que transportaría. Era preciso, pues, evitar que se consumara el desastre.

La alarma no había sonado. ¿Por qué?

No era el momento de hacer preguntas ociosas, ni tampoco de entretenerse a realizar análisis acerca de sí mismo, cuya solución acaso no hubiera podido encontrar. Lo más urgente era evitar que la respuesta llegase a los técnicos encargados de introducir en la astronave las modificaciones señaladas por la máquina.

Sólo podía hacer una cosa.

A la derecha de la mesa, tenía un botón rojo. Sin vacilar un

momento, apoyó el índice en el botón y lo hundió a fondo.

Momentos después, el doctor Barber, «cuidador» en jefe de la máquina aparecía ante sus ojos. Barber era un sujeto alto, estirado, de rostro anguloso y avinagrado, para el cual la palabra simpatía era una mera entelequia.

—¿Ocurre algo, Ritchie? —preguntó con tono carente de amabilidad. Sus penetrantes ojos se fijaron un momento en la lámpara de alarma y luego volvieron al rostro del joven.

Chet se puso en pie.

—Doctor, la máquina ha dado una respuesta errónea a un problema que le fue consultado —dijo con voz clara y firme.

El doctor Barber le miró reflexivamente durante un largo segundo.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó.

—No es el momento de dar explicaciones, doctor —contestó Chet—. Los técnicos vendrán en seguida a recoger la respuesta y se la llevarán, dándola por buena, cuando en realidad está equivocada.

—¿Ha sonado la alarma?

—No, señor, pero…

—Cuando la máquina se equivoca o algo funciona mal, la alarma suena en seguida, Ritchie. Por tanto…

—Lo sé, doctor —le interrumpió Chet—. Le ruego haga el favor de creerme; esa respuesta es errónea.

Barber sonrió insultantemente.

—No me diga que usted es clarividente, Ritchie.

El joven se envaró.

—Si no me cree, una astronave, con cientos de pasajeros y de toneladas de valiosa carga, se perderá en el espacio. Usted puede actuar como quiera, para eso es mi jefe y el cuidador de la máquina; pero, cuando llegue ese momento y una comisión de encuesta empiece a investigar por qué se produjo la catástrofe, recuerde que yo se lo advertí y que no me hizo caso.

A pesar de su aire de superioridad, Barber no pudo por menos de impresionarse ante la seguridad que latía en las palabras del joven.

—Está bien —dijo—. Investigaré personalmente el caso, pero tenga en cuenta una cosa, Ritchie. Si resulta que sus palabras no son más que una broma, ya puede ir liando el petate; yo mismo me encargaré de ponerle de patitas en la calle.

—Correré el riesgo, doctor —contestó Chet con laconismo.

Durante los dos días siguientes, Chet permaneció con el alma en vilo, olvidado incluso de sus problemas personales, temiendo haber sufrido una pesadilla durante sus horas de vigilancia delante de la máquina. Efectivamente, sabía de algunos colegas cuya mente había sido afectada por el continuo centelleo de las lamparitas de control y que habían debido ser destinados a otro trabajo gubernamental de menor actividad mental, pero él llevaba unos cuantos años en el empleo y hasta el momento no le había ocurrido nada de particular.

Se preguntó si aquel incidente estaba relacionado con Smara Olwin. Todavía no había llegado a una conclusión, cuando, al tercer día, a punto de entrar a ocupar su puesto, recibió una llamada del doctor Barber.

Chet acudió al despacho de su jefe. Barber le recibió con una cara muy larga.

—Usted tenía razón —declaró sin rodeos—. Los cálculos estaban equivocados.

Sobrevino un espacio de tiempo cargado de silencio.

—Pero —añadió el doctor Barber—, al menos, tengo la satisfacción de que ese error no es debido a mi máquina. El error partió ya de la pregunta formulada por los técnicos.

—Lo celebro, doctor —dijo el joven, respirando aliviado.

—Y ahora, Ritchie, dígame —preguntó Barber—: ¿cómo lo supo usted?

—No lo sé, señor, me es imposible explicarlo.

Chet y el doctor se contemplaron fijamente durante unos segundos. Al fin, Barber tomó unos papeles de encima de su mesa.

—Aquí tiene usted —manifestó secamente—, un cheque por dos años de su sueldo íntegro y un certificado de desempleo. Queda despedido, Ritchie.

CAPÍTULO III



staba sentado en un sillón, con la barbilla apoyada en las manos y los codos en las rodillas, dejando vagar su vista por el infinito, mientras su mente actuaba de modo constante, incesante. Todavía no acababa de comprender muy bien lo que le había ocurrido.

Sólo estaba seguro de una cosa: su mente se estaba desarrollando de una manera completamente nueva para él, y no sólo nueva, sino también prodigiosa, adquiriendo unos poderes que hasta entonces le habían resultado totalmente desconocidos. Cada vez que recordaba el incidente de la máquina calculadora, se estremecía.

Habían visto el error sin duda alguna y una fuerza superior a él le había impulsado a dar la alarma. Durante tres días, había permanecido con el alma en vilo, temiendo fuese todo un producto de su imaginación sobreexcitada, pero no había sido así; el error había existido realmente, bien que partiese de una pregunta

formulada inexactamente por los técnicos. Sin embargo, no hallaba una explicación para el raro fenómeno y no estaba seguro de que, de verse en la misma situación de nuevo, hubiese actuado igual por segunda vez. Pero de una cosa había adquirido seguridad, y era que la visión de Smara no había sido solamente en sueño. ¿Telepatía?

Posiblemente, aunque no de la forma común y corriente en que siempre se habían explicado tales fenómenos. Debía de tratarse de alguna nueva forma de relación mental, cuyas características no alcanzaba a deslindar. Sin embargo, tenía presentes las palabras de Smara y confiaba en volver a verla físicamente otra vez. ¿Cuándo? Presentía que, después de lo ocurrido, ese encuentro no podía retrasarse ya mucho.

Esta esperanza ponía un poco de claridad en el oscuro panorama de su vida. Había sido despedido del empleo sin una explicación, sin otra cosa que el sueldo de dos años —¿por qué semejante largueza, cuando sólo se acostumbraba a pagar dos meses de haber a los que eran despedidos por una u otra causa, siempre que ésta no fuese deshonorable?— y un certificado de desempleo, que le serviría para buscar una nueva colocación. Ciertamente, el cheque le permitiría vivir una larga temporada por sus propios medios, pero ¿por qué la despedida? Interiormente, su intuición le decía que el hecho tenía una estrecha relación con el incidente de la máquina. No obstante, el doctor Barber no le había dado más explicaciones, negándose en redondo a contestar sus preguntas en busca de una aclaración. Esto le tenía perplejo y conturbado, aunque el recuerdo de Smara le mantenía con cierta esperanza.

A pesar de todo, habían transcurrido ya dos semanas desde que fuera despedido y la muchacha no había dado la menor señal de vida. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no se había puesto en relación con él?

Su nombre no figuraba en la guía visofónica, ni tampoco en ningún anuario comercial o de otra índole. Había practicado algunas discretas investigaciones acerca de ella y no había podido encontrar el menor rastro de Smara. ¿Dónde estaba?

Bruscamente, el timbre de la puerta sonó, sobresaltándole. Irguió la cabeza y miró en aquella dirección. ¿Smara?

Se puso en pie de un salto y cruzó el aposento. Abrió la puerta y sufrió una decepción. No era Smara.

Se trataba de un sujeto de mediana estatura, de unos treinta y cinco años de edad, recio, fornido, de cabellos cortos y ásperos, de rostro cuadrado y expresión resuelta.

—¿Chester Ritchie? —preguntó el sujeto.

—Sí —contestó el joven, contemplando al individuo con aire especulativo.

El hombre sacó una billetera que abrió, dejando ver una insignia dorada.

—Sargento Quillac, de la S. T. —se presentó.

—¡Seguridad Terrestre! —exclamó el joven, atónito.

—Así es, señor Ritchie. Siento molestarle, pero tengo órdenes de llevarle a presencia de mi jefe inmediato, el capitán Milburn. ¿Tiene la bondad de acompañarme, señor? —Quillac guardó de nuevo la cartera y la insignia.

Chet frunció el ceño.

—¿Qué ocurre? ¿Se trata de alguna detención? Que yo sepa, no he cometido ningún hecho delictivo…

—Nadie le acusa de ningún crimen, señor Ritchie —dijo Quillac cortésmente—. Es solamente, repito, que el capitán Milburn quiere hablar con usted.

—¿Sobre qué asunto?

—Lo siento, no estoy autorizado para revelárselo. Haga el favor de acompañarme, señor Ritchie.

Chet se enojó un poco.

—Podría negarme a ello, sargento —manifestó secamente—. Mis derechos de ciudadano…

Impasible, Quillac sacó un papel del bolsillo superior de su camisa y se lo entregó al joven.

—Esto es un mandato legal para que acuda a la oficina del capitán Milburn, señor. —No dijo más, pero el tono de su voz era lo suficientemente conminatorio para que Chet desistiera de su propósito de negarse.

—Está bien —cedió—. Vamos.

Los dos hombres salieron del apartamiento. Chet cerró la puerta y se encaminó al ascensor en unión del sargento. Descendieron a la planta baja del edificio, cruzaron el vestíbulo y salieron a la calle. Junto a la acera, divisó un vehículo largo, negro, de aspecto común y corriente, ocupado por dos individuos, uno tras el cuadro de

mandos y el otro en el asiento posterior.

Chet se sintió momentáneamente preocupado, temiendo se tratase de una encerrona, un secuestro. Pero ¿qué podía ofrecer él a unos secuestradores como beneficio? ¿Unos miles de monedas? La insignia y el documento parecían genuinos, aunque no acababa de comprender las razones por las cuales le citara en su oficina aquel misterioso personaje, el capitán Milburn.

En el momento de acomodarse, sintió en el interior de su cerebro un silencioso latigazo, un callado chasquido que puso en tensión todas las fibras de su espíritu, Sin saber cómo, adivinó que Smara se hallaba en las inmediaciones de aquel lugar. No obstante, procuró mantener la compostura externa y continuó actuando como si nada hubiese ocurrido.

La voz de la muchacha llegó con fuerte y silenciosa claridad hasta su cerebro.

—No temas, Chet —dijo ella—; por el momento, no tratan de hacerte daño. Sé fuerte y ten ánimo. Volveremos a vernos, te lo prometo.

El coche arrancó en aquellos momentos y la voz de Smara se extinguió. Interiormente, Chet se sintió lleno de júbilo. ¡Smara había dado señales de vida! Pronto volvería a verla y esto era lo que más le interesaba en aquellos momentos.

El coche se elevó por medio de sus motores antigravitatorios y sorteó los distintos canales del intenso tránsito de la ciudad, hasta llegar a uno de los más altos, por el cual sólo circulaban, Chet lo sabía muy bien, los vehículos oficiales. Esto significaba que en aquel nivel, el tránsito era muy restringido, por lo cual los vehículos podían alcanzar grandes velocidades. Una vez alcanzada la cota deseada, el conductor lanzó al aparato hacia adelante a toda máquina.

En pocos momentos salieron fuera de la ciudad. Chet había oído hablar de la Policía de Seguridad Terrestre, como muchos otros ciudadanos, pero aquél era el primer contacto que tenía con el poderoso organismo, el cual actuaba solamente en cuestiones de vital interés para el planeta. Los agentes de la S. T. eran prácticamente desconocidos para la masa y al joven no le cupo la menor duda de que su caso debía de tener un desusado interés cuando la S. T. se había decidido a intervenir.

Un cuarto de hora más tarde, el conductor refrenó la marcha del

vehículo y le hizo perder altura; finalmente lo detuvo en el patio posterior de una casa de campo de aspecto innocuo. Quillac abrió la portezuela y saltó al suelo, donde esperó atentamente a que el joven le imitase.

—Venga conmigo, señor Ritchie —dijo con voz neutra.

Chet le siguió. Entraron en el edificio, cruzaron un par de habitaciones de aspecto corriente y, al fin, el sargento se detuvo ante una puerta, que abrió, dejando ver el angosto cubículo de un ascensor.

—Por favor —pidió.

Entraron en el ascensor. Éste perdió altura rápidamente, descendiendo unos cincuenta o sesenta metros, según los cálculos del joven. Al fin, el aparato se detuvo.

Salieron a un largo corredor, iluminado con luz difusa, flanqueado de puertas a ambos lados. Algunas personas de ambos sexos iban y venían con documentos en las manos, sin que ninguna se preocupase de Chet ni de su acompañante.

Quillac le guió a través del corredor, el cual estaba atravesado por otros análogos en sentido transversal. Finalmente, se detuvo ante una puerta en la cual se leía el nombre y el grado del capitán Milburn.

El sargento abrió la puerta, haciéndole entrar en la estancia que había al otro lado y que en aquellos momentos, se encontraba absolutamente desierta. Quillac dijo:

—Tome asiento y espere, señor Ritchie; el capitán está ausente, pero no tardará mucho en llegar.

Chet asintió en silencio y una vez hubo marchado el sargento, se quedó solo. La estancia era un despacho, amueblado cómodamente, aunque sin lujos ni ostentación de ninguna clase. Sobre un aparador divisó un pequeño infiernillo de alcohol, cuya débil llamita calentaba una esférica cafetera de vidrio.

Al lado de la cafetera había tazas, platos, cucharillas y azúcar. Sin el menor escrúpulo, Chet se sirvió una taza de café y empezó a saborear la infusión, mientras hacía funcionar activamente su cerebro.

Estaba a punto de concluir el café cuando la puerta se abrió de pronto y un hombre penetró en el despacho.

Era la antítesis de Quillac: alto, desgarbado, huesudo, con las

ropas flotantes sobre su magra anatomía, pero cuyos penetrantes ojos daban al instante una idea de perspicacia y sagacidad indiscutibles.

—Soy el capitán Milburn —se presentó—. El señor Ritchie, supongo.

—El mismo, capitán. —Chet dejó la taza sobre el aparador—. Dispénseme por haber tomado un poco de café sin su permiso.

Milburn sonrió agradablemente.

—Me agradan los hombres que tienen confianza en sus semejantes, señor Ritchie. —Alargó su mano y estrechó la del joven. Luego se puso a servirse una taza a sí misino—. Estoy imaginándome que arde usted en deseos de conocer los motivos por los cuales le he hecho venir.

—Así es, capitán —reconoció el joven francamente.

Milburn sorbió su café. Luego dejó la taza sobre el aparador y se situó detrás de su mesa. Extendió una mano.

—Siéntese, señor Ritchie —dijo cortésmente.

El joven obedeció, quedando frente al oficial de la S.
T. És
te abrió un cajón y extrajo del mismo una carpeta, de cuyo interior sacó unos documentos.

—Según mis informes —habló—, hace dos semanas, usted, empleado de vigilancia en una computadora gubernamental, advirtió un error en determinados cálculos, error, que, una vez comprobado, resultó ser cierto. Verdad es que se debió a una pregunta defectuosa formulada por unos técnicos, pero ello no altera el fondo de la cuestión. Lo importante es que usted advirtió el error por sus propios medios, es decir, por la mente.

«¡De modo que es eso!», pensó el joven.

—¿Qué me responde? —preguntó Milburn, al observar su prolongado silencio.

Chet esbozó una sonrisa.

—Parees estar muy enterado del asunto, capitán.

—Ciertamente. Es mi obligación —reconoció Milburn—. Vamos, estoy esperando su respuesta, señor Ritchie.

—¿Cree usted, honradamente —preguntó Chet—, que estoy en condiciones de dar una contestación satisfactoria a aquel extraño fenómeno?

Milburn se tiró del lóbulo de la oreja con nerviosismo.

—En verdad, es algo extraño, señor Ritchie. Los fenómenos de la mente no han sido jamás muy bien comprendidos, ni aun por aquéllos que los practican. ¿Cuándo empezó usted a notar esas extrañas cualidades que le llevaron a admitir el error sin intervención ajena y sin, por supuesto, ver o comprobar personalmente y «de visu» los cálculos de la máquina?

—No puedo contestarle con exactitud. Unos días antes, eso es todo. Pero jamás hasta aquel momento había advertido que me pudiera suceder nada semejante, capitán.

—¿Está seguro?

—Positivamente —respondió el joven con firmeza.

Milburn se echó hacia atrás en su sillón.

—¿Quiere que le diga una cosa, señor Ritchie? Es usted el único sujeto perteneciente a la «Orden de los Cuadrados de Oro» a quien nuestra organización ha podido echar el guante.

El joven se quedó de una pieza.

—¡La «Orden de los Cuadrados de Oro»! —exclamó, atónito—. ¿Qué es eso? Jamás había oído decir nada semejante hasta este momento. ¿De qué orden se trata, capitán?

Milburn se echó hacia adelante con gesto agresivo.

—Se trataba de una organización que aspira al dominio de los resortes del gobierno y del estado por medio del poder de la mente, señor Ritchie.

CAPÍTULO IV



speso silencio se abatió bruscamente sobre la estancia.

—¡Eso es absurdo, increíble! —exclamó Chet al cabo—. Una organización que quiere hacerse la dueña del mundo… Vamos, capitán, ¿no está tratando usted de contarme una fábula de escaso valor como diversión?

—Por desgracia —habló Milburn—, no se trata de ninguna fábula, señor Ritchie, sino de algo real, concreto y tangible. Tenemos pruebas de lo que digo… Naturalmente, no puedo revelarle aún en qué consisten esas pruebas, pero se quedaría asombrado si supiese solamente la mitad de lo que pasa y que no es del dominio público. Si la masa se enterase de la verdad, se produciría una terrible catástrofe, hasta tal modo, que la paz que disfrutamos se alteraría en toda la superficie del globo; no nación o continente contra nación o continente, sino entre los ciudadanos de una misma nación o de un mismo continente. Estallarían

sangrientos desórdenes, la autoridad se iría por los suelos, sobrevendría la anarquía y los más fuertes o los más audaces, se dedicarían al pillaje y al saqueo, con todas las consecuencias que son fáciles de prever. Eso es lo que ocurriría si el gran público se enterase de la existencia de tan poderosa organización, por cuyos motivos mantenemos la lucha en secreto. Sólo ellos, es decir, los pertenecientes a la «Orden del Cuadrado de Oro», y nosotros conocemos la verdad de los hechos. Ciertamente, a ellos tampoco les interesa que la cosa se haga pública; la misma anarquía, que sobrevendría indefectiblemente les privaría del dominio que pretenden ejercer sobre el mundo. En eso, al menos, es preciso reconocer que se portan muy consideradamente.

Chet se pasó la mano por la frente, notándola ardorosa y transpirada. Lo que acababa de escuchar le parecía absurdo e increíble y, sin embargo, el acento de la verdad latía en las palabras del capitán de la S. T.

—Pero yo no pertenezco a esa Orden —articuló débilmente al cabo—. Jamás hasta ahora había oído hablar de ella.

—Ya pertenecerá —afirmó Milburn en tono convencido—. Tanto ellos como nosotros, conocemos el incidente de la calculadora y, a partir de este momento, tratarán de atraerle a sus filas.

«¡Smara!», pensó él. Ahora comprendía muchas cosas que hasta entonces le habían parecido indescifrables y oscuras. ¿Sería posible que la muchacha fuese…?

—Pero no comprendo cómo se puede dominar al mundo por el poder de la mente —alegó.

—La suya no está todavía desarrollada por completo. Cuando lo haya conseguido, poseerá unas facultades extraordinarias, señor Ritchie —aseguró el oficial de la S. T.—. El incidente de la computadora no es más que el primer paso, el más difícil, por supuesto. Los demás serán dados rápida y sencillamente; y no tardará mucho en ello, se lo aseguro.

—¿Y cómo es que he adquirido de repente semejantes poderes? —inquirió Chet.

—Es un mutante —contestó Milburn con sencillez.

—¡Un mutante! —Chet abrió una boca de a palmo.

—Así, como lo oye.

—¡Pero yo no he estado sometido jamás a la radioactividad!

¡Nunca, en los días de mi vida, he estado a menos de cien kilómetros de una central nuclear de fuerza!

—¿Y quién le ha dicho que su mutación se deba a la radioactividad?

Chet trató de digerir las palabras del oficial de la S. T.

—Entonces, ¿cómo asegura que soy un mutante, capitán?

—El hombre lo es, desde que apareció en la superficie del globo —dijo Milburn—. Como lo son también los animales y los vegetales. El mamut y el mastodonte antiguos pasaron a ser el actual elefante. El oso gigante de las épocas glaciares, que medía más de tres metros de altura, puesto en pie, es el oso polar de hoy y el *grizzly bear* de las Rocosas de América del Norte. Los helechos arborescentes del período carbonífero, que al ser sumergidos por las convulsiones geológicas dieron origen al carbón de hulla, son hoy los pequeños helechos de los rincones húmedos de las zonas templadas o los más grandes de las selvas amazónicas, pero nunca como aquéllos, que en ocasiones alcanzaban medio centenar de metros de altura. Las pequeñas plantas devoradoras de insectos de hoy, la *drosera rotundifolia* y la *dionea muscipola*, que se alimentan de moscas y pequeños escarabajos, son descendientes de colosales plantas carnívoras que existieron en épocas remotísimas y que eran capaces de digerir el cuerpo de un rumiante. Algunas especies de animales, la mosca y la hormiga, por ejemplo, han permanecido prácticamente inalteradas con el transcurso de las edades, pero son las menos.

»En lo que se refiere al hombre, el de hoy es bien distinto del de Cromagnon y de Neanderthal, el que hace veinte mil años pintaba escenas de cacería y persecución en Altamira, el Mediodía de Francia y el Sahara. Incluso ese mismo hombre ha sufrido, en sólo un siglo, entre la mitad del XIX y la del XX una variación trascendental en su aspecto, ya que su talla aumentó, por término medio, en más de cinco centímetros, excepción hecha de unas pocas regiones apartadas de la Tierra. Pero las mutaciones físicas del ser humano se han acabado ya; es imposible, físicamente se entiende, hacerle adquirir un aspecto distinto, no incluyendo en este punto el mestizaje de razas. La naturaleza, englobando en ella al hombre, a los animales y a las plantas, está en mutación constante. Ahora bien, si la del hombre ha alcanzado su máximo límite físico y no

puede detenerse, ¿por dónde proseguirá su inexorable marcha?

—Por el camino de la mente —articuló Chet penosamente, aturdido y confundido por los irrefutables argumentos del capitán Milburn.

—Exactamente —exclamó el oficial de la S. T. en tono triunfal —. Detenida la mutación física, empieza la de la mente. Y es a usted, usando un término vulgar, a quien le ha tocado el turno ahora. ¿Tengo o no tengo razón en lo que digo, señor Ritchie?

—Aparentemente, sí; pero afirmo una vez más que yo no pertenezco, como dijo antes, a la «Orden de…».

Milburn le interrumpió bruscamente.

—Pero pertenecerá inexorablemente. Y es por eso que le hemos traído a mi oficina.

—¿Sólo para contarme todas esas cosas? —preguntó Chet.

Milburn sacudió la cabeza.

—No. Para que se una a nosotros, para que forme parte de la organización citada y que nos ayude a destruirla.

—Cuando una plaza no puede tomarse desde fuera, se asalta desde el interior. Como dijo no sé quién cuando la guerra de Troya, al ver el penco de madera que les habían dejado ante las puertas de la ciudad: *Timeo danaos et dona ferentes*.

—Temed a los griegos aunque os hagan regalos —tradujo Milburn, impasible—. Pero nosotros no le hemos prometido ninguno a usted.

—¿No, eh? —rió Chet sarcásticamente—. ¿Y qué me dice del sueldo de dos años que me pagaron al despedirme?

Milburn sonrió ladinamente.

—Está bien, aceptémoslo. ¿Qué me dice usted de mi proposición?

—Supongamos que acepto. ¿Qué debo hacer una vez haya entrado en la organización?

—Descubrirnos su cuartel general. Del resto nos encargaremos nosotros.

—¿Los matarán?

—Suprimiremos la amenaza —contestó Milburn lacónicamente.

—Quizá ellos opinen que la amenaza son usted y la S. T., capitán.

—Bien, entonces, dejo a su discreción dilucidar cuál de los dos

bandos tiene razón, señor Ritchie.

—Suponga que me descubren ellos. ¿Qué harán conmigo?

Milburn no se alteró.

—Lo ignoro.

—La verdad, no me da usted muchos ánimos, capitán —se quejó Chet.

—Le estoy exponiendo las cosas tal como son. No puedo mentirle ni tampoco prometerle esto o aquello. Solamente apelo a su sentido de la dignidad y de la decencia para que se una a nosotros.

—Mis facultades mentales están en pleno desarrollo —arguyó el joven—. ¿No teme usted que me sienta tentado por las ventajas que pueda obtener con ellas?

—Correré el riesgo —dijo Milburn simplemente—. Pero, modestia aparte, soy un fino observador y creo que usted no nos defraudará.

—Muy bien, démoslo por aceptado. ¿Cómo me pondré en contacto con usted?

—No se preocupe; nosotros sabremos recoger sus informes cuando lo estimemos necesario. Y, sobre todo, tenga en cuenta una cosa; son peligrosos. Fíjese bien dónde hemos tenido que instalar nuestro cuartel general; aunque usted lo repute de fabuloso, este lugar se halla aislado contra toda clase de emanaciones o mensajes mentales. No me pregunte cómo, no lo sé ni me importa. Pero es así y eso me basta.

Chet lanzó un profundo suspiro.

—La verdad, tengo la sensación de que a partir de ahora no voy a poder quejarme por falta de emociones.

—Las aborrecerá usted —sonrió Milburn.

Chet se estremeció vivamente. Milburn se puso en pie, como dando a entender que la entrevista había terminado.

—El sargento Quillac le devolverá a su casa, señor Ritchie —dijo.

—Gracias, capitán. Ah —exclamó él de repente—, ¿ya sabe que los de la
O. C. O.
están enterados de que he venido aquí?

—Me lo imagino —respondió Milburn sin pestañear—. Pero ya

le he dicho antes que estos subterráneos son intraspasables para sus mentes. Por lo tanto, no hay cuidado alguno. No pueden saber lo que hemos tratado.

—Sin embargo —objetó Chet—, sospecharán algo, supongo.

—De su habilidad depende el disipar sus sospechas.

Chet rió sin ganas.

—Al parecer, confía mucho en mí, capitán.

—Lo mismo que un náufrago en un clavo ardiendo; no tiene otra opción. Y —añadió Milburn con un profundo suspiro—, a mí me pasa lo mismo.

Durante todo el camino de regreso, Chet permaneció encerrado en un hondo mutismo, reflexionando acerca de cuanto acababa de escuchar.

Le parecía imposible la existencia de una organización semejante y, sin embargo, de las palabras de Milburn se deducía que era cierto, ya que, en cierto modo, corroboraban algunas de las manifestaciones de Smara Olwin. Ahora bien, lo que Chet no acababa de comprender totalmente eran los propósitos de la
O. C. O.

«¿Dominar al mundo?», se decía. «Bien, supongamos que ya lo han conseguido. Y ahora, ¿qué harán? ¿Qué clase de nuevo orden instaurarán? ¿Tan mal nos va con el actual sistema político? Claro, ellos impondrán el suyo. ¿Cómo será? Mejor dicho, ¿qué beneficios reportará? Porque, cuando un político habla de un nuevo programa, cita siempre los beneficios que proporcionará ese programa, y ellos, los de la
O. C. O.
no van a ser menos. Claro que también puede tratarse de la instauración de una especie de dictadura personal de los seres de mente poderosa, pero ¿qué conseguirán? ¿Que las personas de mente normal se arrodillen ante ellos para limpiarles los zapatos? ¿Dinero? ¿Poder? Menguados propósitos para quienes aspiran a dirigir a la humanidad; si sólo desean eso, ya puede afirmarse que, por muy poderosa que sea su mente, son unos pobres de espíritu».

Todavía estaba entretenido con tan poco consoladoras reflexiones, pensando en que, hasta no ver a Smara, no tendría una explicación más convincente de todo cuanto le preocupaba, cuando sintió que el coche se detenía.

—Hemos llegado a su casa, señor Ritchie —anunció el sargento Quillac.

El joven sacudió la cabeza.

—Bien, han sido ustedes muy amables. Gracias, sargento.

—A sus órdenes, señor Ritchie —contestó Quillac cortésmente.

Chet abandonó el coche y entró en el edificio. El ascensor le condujo al rellano del piso en que vivía, tras de lo cual se dirigió a su apartamiento.

Cuando abrió la puerta, vio que Smara estaba aguardándole. La presencia de la muchacha en su domicilio no le extrañó en absoluto.

CAPÍTULO V



e haber visto a Smara antes de su conferencia con el capitán Milburn habría saltado hacia ella y la habría abrazado apasionadamente. Ahora, aunque el hecho le agradó, se dio cuenta de que las circunstancias habían variado notablemente y que le convenía portarse con circunspección. Tranquilamente, sin demostrar lo que pasaba en su interior, cerró la puerta y se enfrentó con Smara.

—Hola —saludó con acento cortés.

Ella estaba sentada en un sillón y se levantó al verle entrar; luego se dirigió hacia él con la mano extendida.

—Hola, Chet —contestó, sonriendo radiantemente—. Un tanto extrañas las circunstancias de nuestro mutuo conocimiento, ¿no?

—Así parece —sonrió él—. ¿Puedo ofrecerte algo de beber?

—Un poco de café, gracias.

Chet sonrió de nuevo.

—Espérame un momento. Vuelvo en seguida. Ahí tienes

cigarrillos —le señaló una caja sobre una mesita baja.

Momentos después, volvía con una bandeja que contenía dos tazas, azúcar y una cajita de tabletas de café instantáneo, así como una jarra con agua caliente. Vertió agua en las dos tazas, echó en las mismas sendas tabletas de café y luego acercó el azucarero a Smara a fin de que ella se sirviese a su gusto. Todas estas operaciones fueron realizadas en el más completo silencio.

Después de los primeros sorbos, ella se reclinó en el sillón y le miró fijamente.

—Todavía no me has preguntado por qué estoy aquí, Chet —habló—. Tengo la sensación de que se debe a que ya estás enterado de mis motivos.

—Así es —confesó él claramente—. Y de nada serviría andarnos con rodeos. Te vi en sueños en una ocasión, aunque me imagino que fue una proyección de tu mente sobre la mía.

—Cierto, Chet —reconoció Smara—. Supongo —añadió negligentemente—, que esos esbirros de la S. T. te habrán hablado ampliamente de nosotros. ¿Qué te han dicho?

—Menos de lo que me dirás tú. ¿Qué rango ocupas en la
O. C. O.
?

—Uno bastante elevado, aunque no totalmente en la cabeza. Pero eso es lo de menos ahora. Te han hecho proposiciones para combatirnos, ¿no es así?

—Desde luego.

—¿Y…?

—He pedido tiempo para reflexionar —mintió el joven.

—Me gustaría que me dijeras la verdad —pidió Smara.

Chet terminó su taza de café y la depositó sobre la mesita. Con gesto tranquilo, encendió un cigarrillo; cruzó una pierna sobre la otra y se repantigó en el sillón.

—Cuando me conducían a la sede de la S. T. tú te pusiste en comunicación mental conmigo. Puesto que puedes penetrar en mi mente, ¿por qué no averiguas si miento o digo la verdad?

Era un reto descarado y lo sabía. Aun manteniendo el aspecto normal de indiferencia, permaneció por unos momentos en suspenso, temiendo que ella sondease su mente.

Pero no ocurrió así.

—Sólo penetramos en la mente de los demás en casos excepcionales, Chet —alegó Smara.

—Eso no deja de ser una cortesía por parte vuestra —contestó él.

—Tú también tendrás que hacerlo, Chet; ya eres de los nuestros.

—¿De verdad? —preguntó el joven irónicamente.

—Así es, puesto que dispones de unas facultades mentales que no son comunes en los demás hombres.

—Y que sólo son peculiares de unos cuantos.

—Verdaderamente —admitió Smara—. Sí, eres de los nuestros y ya perteneces a la O. C. O…

—Un momento, no tanta prisa… —cortó Chet—. Es cierto que en la S. T; me han informado bastante acerca de vosotros, pero, a fin de cuentas, sólo conozco un punto de vista. ¿Por qué no me explicas cuál es el vuestro?

—¿Qué es lo que quieres saber, Chet?

—Simplemente, cuáles son vuestros propósitos.

Ella meditó unos segundos.

—Queremos instituir en la Tierra el gobierno de las mentes superiores —dijo al cabo.

—¿Para qué? ¿Tan malo es el actual? —exclamó Chet con notorio sarcasmo.

—¡Oh! —Se impacientó Smara—. No me has comprendido bien. Nosotros no queremos…

—No queréis al gobierno actual y ambicionáis instituir el vuestro, con vuestras propias leyes y reglamentos, a fin de sujetar por la fuerza a quienes no poseen las mismas facultades que vosotros. Vamos a ver —prosiguió él con creciente acaloramiento—, ¿cuál es vuestro programa político? Porque, cuando alguien aspira al poder, es evidente que no lo hace sin entes haber elaborado un programa político y vosotros no vais a constituir la excepción a esta regla. ¿Cómo os justificaréis cuando hayáis derrocado al gobierno actual? ¿Tan mala es la situación hoy en el planeta? ¿Es que la
O. C. O.
ha dado con el secreto de conseguir la felicidad absoluta sin abandonar nuestro cuerpo humano?

—Tu modo de pensar está influido todavía por la forma en que has vivido hasta ahora, Chet —alegó ella—. Cuando hayas

desarrollado plenamente las facultades psíquicas que, en su inmensa mayoría, permanecen en ti en estado letárgico, tu opinión cambiará de medio a medio.

—Ésa no es una respuesta a mis preguntas —dijo él, aplastando el cigarrillo contra el cenicero—. Por mucho que me dores la píldora, de momento no veo sino a unos ambiciosos que tratan de alzarse con el poder para su provecho personal. Dame una buena razón para vuestros propósitos y es posible que rectifique mi modo de pensar, Smara.

Ella hizo un gesto de desaliento.

—Creía que te unirías a nosotros sin más, Chet.

—No soy hombre dado a impulsos repentinos, Smara. Y, a juzgar por tu actitud, no parece que los propósitos que os animan sean muy legítimos y honestos. Vamos a ver —añadió Chet—, supongamos que ya habéis alcanzado el poder. ¿Qué haréis entonces?

Ella permaneció muda. Chet meneó la cabeza.

—Es maravilloso enterarse de que uno posee semejantes cualidades, pero, cuando pueden ser empleadas para el mal, valdría más no tenerlas.

—¡Nosotros no queremos el mal de nadie! —protestó Smara acaloradamente.

—Oh, claro, eso lo dicen todos cuantos elaboran un programa de gobierno —rió Chet—. Si dijesen claramente cuáles son sus intenciones, nadie les seguiría.

—Está bien —cortó ella secamente—. Lo único que quiero es saber si estás con nosotros o contra nosotros.

—No podré darte una respuesta exacta mientras no conozca puntualmente vuestras intenciones —respondió Chet en tono firme.

—Hasta ahora, no te hemos causado daño alguno.

—Por todo lo cual, os estoy agradecido.

Hubo una pausa de silencio.

—Lo quieras o no, serás de los nuestros, Chet.

—Y me plantarán en el pecho un puñado de rombos dorados, ¿verdad? Parece mentira —meneó la cabeza—; disponiendo de unos poderes mentales tan fabulosos y portándose como unos chiquillos, con insignias bonitas, trajes lujosos y todo eso. Vamos a ver, ¿qué diablos de falta os hacen las insignias y los trajes, si ya disponéis de

la mente para reconoceros en el acto?

—Bueno —remoloneó ella—, un poco de esplendor en la apariencia no hace mal a nadie, digo yo. Además, no es cosa mía.

—¿De tu jefe?

Ella apretó los labios.

—¿Quién es? —preguntó Chet.

—Lo siento. Por ahora, no estoy autorizada a contestarte.

—Ese jefe —siguió él implacablemente— ¿manda autoritariamente en todos vosotros o está asistido por un gabinete de consulta? Su autoridad, ¿es suprema e indiscutible y sus decisiones inapelables, o, por el contrario, pueden discutirse y aun rebatirse sus órdenes?

—Por el momento, repito, no puedo añadir nada más.

—Me defraudas, Smara.

—¿Por qué?

—Creí que eras una persona con independencia propia. Ahora veo que sólo eres un engranaje en la máquina, un simple soldado en la

O. C. O.

Tu misma actitud me hace ver que no recibiría ningún beneficio uniéndome a vosotros.

—Estás equivocado, Chet. ¿O es que los esbirros de la S. T. te han convencido de que luches contra nosotros?

—Ni lo uno, ni lo otro. Me lo pidieron, es cierto, pero ya te he dicho que les solicité un cierto tiempo para reflexionar. Sabía que me encontraría contigo y quería escuchar tus puntos de vista. Pero puedes tener una seguridad: si supiera que vuestras intenciones son absolutamente honorables, me uniría a la

O. C. O.

sin vacilar. Tus reticencias, cuando no negativas, me dicen que el programa de la

O. C. O.

no es tan bueno como queréis aparentar y no me parece que vayáis a mejorar la situación actual del mundo, nada mala ni mucho menos en los momentos actuales. Convénceme de lo contrario y tendrás un fiel y devoto servidor de la

O. C. O.

Smara guardó silencio durante unos segundos.

—Chet —dijo al cabo—, tú no tienes todavía una idea cabal de cuáles son tus facultades mentales.

—He podido darme cuenta, aunque sólo parcialmente, claro. Las tuyas, por lo visto, deben de ser más poderosas.

—Sí, desde luego, como lo serán las tuyas y aún más, una vez las hayas desarrollado por completo.

—A propósito —exclamó Chet—, supongo que debéis de llevar algún tiempo vigilándome.

Smara sonrió levemente.

—En efecto —admitió.

—La segunda vez que te vi —dijo él, un tanto perplejo—, tú desapareciste cuando ibas delante de mí, de un modo digamos instantáneo. ¿Qué pasó? ¿Adónde fuiste?

—Me oculté, simplemente.

—¿Cómo? ¿De qué manera?

—Bueno, es difícil explicar…; pero hay momentos en que la mente lo puede todo. Me trasladé instantáneamente a otro lugar, eso es todo.

—Teleportación, ¿eh?

—Podemos llamarlo de esa forma, Chet, efectivamente.

El joven meneó la cabeza.

—Eso va a ser la ruina para los fabricantes de vehículos —comentó de buen humor—. ¿Dónde venden las licencias para teleportarse uno a donde mejor le parezca? ¿Hay agentes de tránsito de la teleportación que pongan multas por rebasar la velocidad límite?

Smara se puso en pie con cierta violencia.

—Chet, éste no es el momento más adecuado para bromear, ni el asunto lo merece. Voy a dejarte durante algunos días, a fin de que reflexiones. Espero que en nuestro próximo encuentro hayas tomado por fin una resolución.

Él la miró fijamente.

—Smara —dijo con lentitud—, ¿qué pasaría si me negase a unirme a vosotros?

—Eso es algo que no ha ocurrido hasta ahora. A todos cuantos les pasó lo mismo que a ti se les hizo análoga proposición y debo confesar con orgullo que ninguno rechazó nuestras propuestas.

—Alguno tenía que ser el primero, Smara.

—Serás de los nuestros, repito —manifestó ella con acento de total convencimiento—. Quizá tardes algo más, pero acabarás por ceder.

—Todavía no me has contestado qué ocurriría si no fuese como dices. Tendréis una ley establecida para casos semejantes, ¿no?

—Es preferible no hablar de ello —contestó Smara secamente. Y se dirigió hacia la puerta.

—Espera —dijo Chet.

Ella volvió a mirarle.

—¿Sí? —murmuró.

Chet se acercó a la muchacha.

—Smara, quiero decirte una cosa. Hasta ahora, he permanecido soltero, lo cual significa, simplemente, que no encontré a una mujer que me agradase.

—¿Y…?

—Me gustaría que nuestro conocimiento hubiese tenido lugar en distintas circunstancias, Smara.

Ella suspiró ampliamente.

—También a mí, Chet —contestó. De pronto, abrió la puerta y se lanzó fuera del apartamiento.

Al quedarse solo, Chet encendió un cigarrillo y se puso a pasear por la habitación, mientras reflexionaba sobre la conversación que acababa de sostener con Smara.

Súbitamente, se le ocurrió una idea. En un principio le pareció absurda, incluso estúpida, pero, poco a poco, fue penetrando en su imaginación de modo insidioso, tenaz, persistente.

¿Pertenecía Smara a la
O. C. O.
de un modo voluntario… o actuaba forzada por alguien de mente o fuerza superiores a las de ella?

Los días siguientes transcurrieron sin que hubiese podido resolver tal problema. Tampoco tuvo noticias de Smara.

En cambio, el que vino a verle fue el sargento Quillac, una semana más tarde.

—El capitán Milburn quiere verle —dijo lacónicamente.

Esta vez, cuando Chet se disponía a montar en el automóvil que le llevaría a la sede de la S. T. no recibió ninguna llamada mental de Smara.

Capítulo VI



ilburn escuchó en silencio le relato que le hizo Chet, sin interrumpirle en ningún momento. Al terminar, se quedó unos momentos pensativo.

—De modo que hay un rector supremo de la
O. C. O.
—dijo.

—Eso deduzco yo —contestó Chet, con un fruncimiento de cejas.

—Y la chica habrá ido a consultarle, por supuesto.

—Bien, me imagino que así ha debido de ser —convino Chet—. Pero ¿por qué no relacionarse mentalmente con ese sujeto?

—No acabo de entenderlo —murmuró el oficial—. De todas formas, volverán a la carga.

—Parece usted muy seguro de ello, capitán.

Milburn sonrió.

—Usted le gusta a la muchacha, Ritchie, Aparte de ello, no pueden dejar a un sujeto como usted fuera de su organización.

Insistirán.

—¿Y…? —preguntó el joven.

—Vamos a ponerle en condiciones de resistirles, si se muestran demasiado fuertes con usted.

—¿De qué forma?

Milburn sonrió sibilinamente.

—Ahora lo verá usted, Ritchie —contestó. Se inclinó hacia adelante y apoyó un dedo en un timbre que había sobre la mesa.

Momentos después, el sargento Quillac entraba en el despacho con una serie de objetos en la mano. Tomó una silla y la colocó en el centro del aposento, delante del joven.

—Siéntese aquí, por favor, señor Ritchie.

Chet miró al capitán, sumamente desconcertado.

—¿Para qué?

—Hágalo —contestó Milburn benignamente—. No recibirá ningún perjuicio y sí muchos beneficios. Obedezca al sargento, se lo suplico.

Rezongando entre dientes, Chet se levantó del sillón y pasó a la silla. Diestramente, Quillac le ató al cuello un gran paño blanco.

—Cualquiera diría que van a cortarme el pelo —masculló Chet.

—Se lo vamos a afeitar —dijo Milburn, y el joven lo miró como si el oficial de la S. T. hubiese enloquecido de repente.

Antes de que pudiera reaccionar, Quillac había metido ya la maquinilla en su cabello. En pocos minutos, su cabeza quedó tan lisa y monda como un huevo. Con cierta ironía, Quillac le colocó un espejo ante los ojos, cosa que no provocó ciertamente la alegría de Chet.

—Me siento como el piel roja que acaba de matar a un blanco y, al quitarle el sombrero, advierte que es calvo por completo —dijo lúgubremente—. ¿Por qué hacen esto?

—Ahora lo verá —contestó el oficial.

Entre los objetos que Quillac había traído a la estancia, figuraba una caja cuadrada de cartón. El sargento la abrió y extrajo de su interior un objeto que dejó al joven completamente estupefacto.

—¡De modo que primero me afeitan la cabeza y luego me ponen una peluca que reproduce exactamente el cabello que ustedes me han quitado! —exclamó lleno de indignación.

—¡Calma, no se excite usted! —rogó Milburn, sin dejar de

sonreír—. Ésta es una particular. En su interior, está forrada de una espesa red de finísimos hilos metálicos, de un grosor apenas superior a una vigésima parte de un milímetro y conectados a una micropila disimulada entre el cabello, cuya potencia no es superior a la décima de un vatio. Esa red metálica tiene por objeto interferir las emisiones mentales de los miembros de la
O. C. O.
cuando entienda que éstas pueden hacerse peligrosas para usted.

—¿Cómo saben que funcionará este aparato? —Gruñó el joven.

—Su funcionamiento está basado en el mismo principio que la red que rodea nuestro cuartel general, y que impide que los miembros de la
O. C. O.
puedan darnos órdenes, que estorbarían por completo muestra actividad normal. Ya ocurrió así en el emplazamiento anterior y por ello nos vimos obligados a establecernos en este subterráneo.

—Pero la pila, de un décimo de vatio, es muy débil. Su potencia es escasa…

—La potencia estrictamente eléctrica de un cerebro es muchísimo menor, de un centésimo o aun una milésima de vatio, Ritchie. —Milburn tenía argumentos para todo—. Sin embargo, no es preciso que la haga funcionar constantemente; sólo cuando lo crea oportuno, a fin de interferir y aun anular las emisiones mentales de sus enemigos.

—¿Mis enemigos?

—Así es, aunque usted no acabe de creerlo —afirmó Milburn muy seriamente—. Póngale la peluca, sargento.

—Sí, señor —contestó Quillac.

Chet sintió que le colocaban la peluca en la cabeza, dándose cuenta de que encajaba exactamente en su cráneo pelado.

—Le fotografiamos a conciencia cuando nos entrevistamos la íntima vez —explicó Milburn—. La forma y color de la peluca está hecha a base de esas fotografías.

—¿Cómo funciona la pila? —preguntó él.

—Quillac se lo enseñará —respondió Milburn.

—Vea, señor Ritchie —dijo el sargento—. Cuando quiera poner la micropila en funcionamiento, no tiene sino que oprimir con un dedo aquí —le señaló con el suyo el punto exacto donde debía

hacerlo—. Otra presión similar bastará para desconectarla.

—Y puede hacerlo —añadió Milburn—, san levantar sospechas, haciendo como si se rascase la cabeza o un gesto análogo. Entonces, pueden presionar sobre su mente; todos los esfuerzos resultarán estériles.

—Muy bien —aceptó Chet—. Y ahora, hablando de un tema que no hemos tocado todavía: ¿Qué es lo que voy a sacar yo en limpio cuando todo haya terminado?

Milburn sonrió ladinamente.

—Yo creía que usted trabajaba por amor al arte.

—¡Y un cuerno! Me estoy jugando el tipo por algo que todavía no sé si merece la pena, capitán.

—Bien —respondió éste cautamente—, no sé qué le harán si logra vencer, aunque me imagino que se le concederá alguna especie de recompensa.

Chet reflexionó unos instantes.

—Supongo —dijo— que, mientras a mí se me recompense, los dirigentes de la
O. C. O.
recibirán algún castigo.

—Es presumible, claro —admitió Milburn.

—Está bien. Entonces, no pido más que una cosa: administrar yo mismo, personalmente, ese castigo, a uno de los de la
O. C. O.
No quiero otra recompensa.

Una sonrisa maliciosa se dibujó en los labios de Milburn.

—Creo que podremos concederle lo que pide, Ritchie. ¿Se llama Smara Olwin?

—Justamente —sonrió también el joven.

Cuando regresó a su casa, encontró al otro lado de la puerta, un sobre caído en el suelo. Intrigado, se agachó para recogerlo y se dio cuenta de que el sobre tenía un membrete oficial.

Lo rasgó y sacó de su interior una cuartilla doblada en dos. La desplegó y leyó el contenido:

Para tratar de un asunto relacionado con su anterior empleo, le agradeceré se sirva pasar por mi despacho a la mayor brevedad posible.

Firmado:
Dr. J. W. Barber.

Durante unos momentos, Chet permaneció inmóvil, tratando de averiguar qué se escondería tras el mensaje. Después consultó su reloj y decidió que ya era un poco tarde. Quizá hubiese alcanzado aún al doctor Barber en su oficina, pero todavía estaba ligeramente resentido contra él por haberle despedido de una manera tan seca y sin la menor explicación. «Iré mañana, sin prisas», resolvió finalmente.

El resto del día y la noche transcurrieron sin novedades estimables. A la mañana siguiente, con toda tranquilidad, se encaminó hacia el lugar de la cita. Mientras viajaba en el subterráneo, se esforzó por «buscar» a Smara, sin conseguirlo. ¿Dónde se había metido la muchacha? Ya había transcurrido una semana larga desde su entrevista y desde aquel momento no había vuelto a tener noticias de ella.

El doctor Barber le acogió con gran cortesía y moderada efusión. Después de estrecharle la mano, le invitó a sentarse. Barber apoyó los codos sobre la mesa, juntó las yemas de los dedos y miró al joven con expresión penetrante.

—Mi querido Ritchie —empezó diciendo—, temo que se haya producido un mal entendido entre nosotros. Hablando con franqueza, le diré que nunca debió ser despedido de su puesto.

«¿A qué viene ahora todo esto?», se preguntó el joven, desconcertado. Barber seguía hablando, de modo que continuó prestándole atención.

—Me gusta confesar mis errores cuando éstos tienen una base —decía el sujeto—. Y yo lo cometí con usted, solamente por algo que podríamos llamar celos. Sí, celos de que usted hubiera advertido, mejor que mi máquina, el error cometido por ésta. Claro que la pregunta cuya respuesta se buscaba estaba erróneamente formulada, pero, aun así, en la tira de papel debió haber aparecido una aclaración. Es decir, que la máquina debió haber solicitado una nueva pregunta, como lo hizo en casos anteriores, y, esta vez, dio la solución por buena. Usted supo verlo, de una manera que no acierto a explicarme, si no es llamándolo clarividencia, en el más amplio sentido de la palabra, y es por eso mismo que deseo vuelva a ocupar

su antiguo puesto. Un hombre como usted nos sería de muchísima utilidad, Ritchie, créame; nos advertiría y pondría en guardia contra posibles errores no advertidos por la máquina, y nos evitaría grandísimos perjuicios, como puede imaginarse fácilmente. ¿Qué me contesta a ello, Ritchie?

El joven reflexionó durante unos momentos.

—Bien —dijo al cabo—, para hacer eso que me pide, debería permanecer las veinticuatro horas del día al pie de la máquina, esfuerzo por demás harto considerable, como puede comprender, doctor Barber.

—Oh —exclamó Barber con acento benevolente—, por supuesto que no estaría tanto tiempo. Incluso no tendría horas fijas de vigilancia; solamente le llamaríamos cuando se tratase de resolver algún problema sumamente intrincado y con un mínimo de posibilidades de obtener una errónea respuesta. Por supuesto, sus emolumentos serán aumentados en cantidad apreciable, mi querido Ritchie.

Chet sintió de repente una súbita desconfianza hacia su interlocutor. Por lo que él sabía, confirmado, además, por el mismo interesado, Barber era un enamorado de su máquina, a la cual juzgaba casi la cosa más perfecta de la creación. ¿A qué venía, pues, aquella especie de humillación, semejante reconocimiento del error cometido? Barber era un sujeto orgulloso y pagado de sí mismo, independiente de su indudable capacidad científica. Por lo tanto, cuando le ofrecía de nuevo el empleo, era que su gesto envolvía una acción de doble sentido. La frase del temor a los griegos que ofrecían regalos, pronunciada en el transcurso de la primera conversación con Milburn, acudió de nuevo a su mente.

—¿Y bien? —exclamó el científico, con un tono de cierta impaciencia en su voz—. ¿Qué me contesta, Ritchie?

—La verdad, doctor —contestó el joven con voz neutra—, ahora estoy de vacaciones…

Barber sonrió.

—Oh, eso carece de importancia. Puede seguir disfrutándolas; solamente con que nos deje su dirección, caso de abandonar su actual domicilio, tendremos bastante. En el caso de que se presentase algún problema de eventual difícil solución, le llamaríamos a usted, posponiendo la formulación del problema

hasta su regreso. Naturalmente, el sueldo correrá a partir de ahora.

—Muy bien —dijo Chet—. Acepto. Si cambio de residencia, ya se lo diré, doctor.

—¡Magnífico! —exclamó Barber, evidentemente satisfecho por el resultado de la conversación—. Realmente, nos hace usted un favor inapreciable, amigo Ritchie.

De repente, Chet se preguntó por qué el doctor no se había sentido más curioso acerca de sus extraordinarias facultades. ¿Acaso Barber pertenecía a la…?

Quiso hacer una prueba. Se concentró durante un segundo y trató de proyectar su mente al interior de la de Barber. Con gran asombro suyo, lo consiguió con notable facilidad.

Pero sufrió una decepción. En el interior de la mente de Barber no había nada. Sólo «vio» una especie de vacío gris, neutro, sin ningún detalle de especial significado. Barber parecía ser sincero, aunque, en tal caso, no acababa de entender claramente el sentido de su oferta. En fin, se dijo, quizá tendría tiempo de averiguarlo más adelante.

Se puso en pie y estrechó la mano de su interlocutor.

—De todas formas —sonrió—, espero que no me necesite muy a menudo, doctor.

Barber sonrió también.

—Si ocurriese una cosa semejante, sería cosa de echar la máquina a la chatarra, Ritchie.

A pesar del sondeo mental practicado, Chet no las tenía todas consigo. Presentía que Barber le había engañado de alguna forma, pero por el momento se sentía incapaz de adivinar no solamente en qué consistiría el engaño, sino también la manera en que lo había conseguido. Frunció el ceño, diciéndose que estaba cogido entre dos poderosas fuerzas y que, si no actuaba con suma discreción y habilidad, acabaría siendo destrozado.

Cuando llegó a su casa, las preocupaciones que sentía quedaron notablemente aliviadas al ver a Smara esperándole en el saloncito.

CAPÍTULO VII



Esta vez no se mostró tan frío y calculador como la anterior. Estrechó calurosamente las manos de Smara y las retuvo entre las suyas, mientras la mirada a lo profundo de los ojos.

—Hola —dijo roncamente—. Me alegro de verte, querida.

Ella sonrió de un modo hechicero, haciendo acentuar los graciosos hoyuelos de sus mejillas.

—Celebro que tu manera de pensar haya variado respecto a mí, Chet —dijo Smara.

—Un momento. Vayamos por partes, querida. Una cosa es lo que piense de ti, personalmente, y otra lo que piense de esa desdichada organización a la que perteneces. Ambas cosas son completamente distintas, ¿entiendes?

—Desde luego. Y —preguntó ella, con coquetería—, ¿qué es lo que piensas de mí?

—Esto —respondió Chet. Antes de que Smara pudiera percatarse

de sus intenciones, rodeó su talle con los brazos la atrajo hacia sí y la besó fuertemente.

Ella se separó al cabo de unos momentos, riendo, feliz y sofocada.

—No cabe la menor duda de que es un modo muy gráfico de expresar tu modo de pensar. —Poniéndose las manos en las caderas, le preguntó con acento lleno de malicia—: ¿A cuántas les has hecho saber tu opinión de la misma manera?

—Ya está —exclamó él—. Es raro que una mujer enamorada no pregunte al hombre que la ama por las mujeres que han pasado por su vida antes que ella. —Hinchó el pecho y añadió—: Yo soy un caballero y hay ciertas cosas que un caballero debe sepultar siempre en su pecho.

El joven sonrió.

—Embustero —dijo ella suavemente. Pero sus ojos brillaban de un modo singular y no opuso resistencia cuando Chet se inclinó a besarla de nuevo.

Al cabo de un momento Chet formuló una pregunta:

—Querida, estoy preocupado. ¿Qué sucederá cuando se te ocurra penetrar en mi mente o viceversa? Muchas esposas harían eso si poseyeran una facultad semejante, ¿no crees?

Smara le miró cariñosamente.

—Introducirme en tu mente según para qué ciertas cosas, significaría falta de confianza en ti, querido. Sólo lo haré, lo haría, mejor dicho, si la ocasión lo requiriese verdaderamente.

—¿Y en los momentos actuales? —dijo él intencionadamente.

La sonrisa se borró de los labios de la muchacha.

—Tenemos que hablar seriamente, querido —dijo. Tomó su mano y lo llevó hasta el diván más próximo, en el que se sentaron —. Chet, la última vez que nos vimos, que fue la primera que hablamos, te dije que, para contarte algunas cosas, necesitaba cierta autorización.

—Así es —convino él.

—Muy bien. Tengo ya esa autorización… pero, antes de decirte nada, quiero que veas algo con tus ojos, a fin de convencerte de que, pese a lo que puedan haberte dicho acerca de nosotros, nuestras intenciones no pueden ser mejores. Si me amas, como he podido deducir claramente, supongo que confiarás en mí, ¿no es

cierto?

—Confiar en ti no es lo mismo que confiar en tus amigos —dijo él seriamente.

—Yo confío en ellos, de modo que tú puedes hacer lo mismo, Chet.

—Está bien. Confiaré…, pero con reservas, Smara.

La muchacha suspiró.

—Es mejor eso que nada. —Se puso en pie, y tiró de él—. Vas a venir conmigo y conocerás el cuartel de la
O. C. O.

—¿Dónde está eso? —preguntó Chet, procurando disimular la alegría que le causaban las palabras de la muchacha.

—Ten paciencia y ya lo verás. Podría explicártelo ahora, pero las explicaciones no servirían de nada sin la parte práctica. ¿Vamos?

De pronto, Chet recordó una cosa.

—Espera —dijo.

Ella le miró interesadamente.

—¿Qué ocurre ahora, Chet?

—Acepté de nuevo el empleo. El doctor Barber me llamó y me hizo una oferta. Francamente, no vi medio de negarme, Smara. Pero es un empleo —añadió—, que goza de ciertas ventajas. Tengo libertad absoluta de movimientos, aunque dejando siempre constancia de mi cambio de domicilio por si me necesitasen.

Smara se mordió los labios.

—Bien —contestó al cabo—. Graba un mensaje en el receptor. Di que si te necesitan, que hagan una llamada radial usando la clave
WWR-4507
. El que reciba la llamada, te pasará el mensaje con la mayor rapidez.

—Muy bien —aceptó Chet sin impresionarse. Fue hacia el visófono, apretó una palanquita y desgajó el micrófono de la grabadora—. Para mensajes al señor Ritchie, sírvanse hacer una llamada usando la clave
WWR-4507
. Repito:
WWR-4507
.

Colgó el micrófono de nuevo y miró a la muchacha.

—¿Está bien así? —preguntó.

—Perfectamente. —Smara se colgó de su brazo—. Vámonos.

Abandonaron el apartamento y penetraron en el ascensor. Sorprendentemente, ella lo hizo subir hasta la terraza, en donde tenía un vehículo aéreo, en el cual montaron de inmediato.

Smara empuñó los mandos y puso el aparato en marcha, lo hizo elevarse con gran rapidez. Al cabo de unos momentos, Chet pudo darse cuenta de que llevaban rumbo oeste.

—Yo creía que tus facultades de teleportación te permitían llegar a cualquier parte del globo sin necesidad de vehículos de ningún género —dijo él pasado un buen rato.

—Bien, es posible que lo consiguiese, de intentarlo, cosa que no he hecho hasta ahora —respondió Smara—. Pero no sé si tú podrías hacerlo y es por eso que utilizamos este aparato.

—Supongo que el día que nos casemos me dejarás llevarte en brazos al cruzar el umbral de la casa —bromeó él—. ¿O entrarás en ella de la misma forma en que desapareciste aquel día?

La muchacha sonrió.

—Te prometo comportarme como una casada normal.

Dos horas más tarde, avistaron la costa. Smara hizo evolucionar al aparato, tomando tierra a corta distancia de una casa situada casi directamente sobre el borde de la costa, de perfiles ásperos y abruptos. La casa disponía de un pequeño embarcadero, amarrado al cual se veía un buque de buen tamaño, con la apariencia de un yate de recreo de alto estilo.

Sin pronunciar palabra, Smara le guió hasta el embarcadero. Cruzaron la plancha y pasaron al yate, cuyo capitán no se mostró extrañado en modo alguno al recibirlos.

—Cuando usted quiera, capitán —dijo la muchacha.

—Muy bien —contestó el hombre—. Tengan la bondad de esperar en el salón. Zarparemos inmediatamente.

Smara parecía conocer muy bien la embarcación, a juzgar por la desenvoltura de sus acciones. Fiel a su papel, Chet no hizo ninguna pregunta excesivamente curiosa, dedicándose más a su papel de enamorado.

El yate zarpó a los pocos momentos, se dirigió a alta mar. Navegaron durante una hora, aproximadamente, al cabo de cuyo espacio de tiempo, Chet notó que la marcha de la embarcación se

atenuaba.

El capitán penetró en el saloncito.

—Todo listo, señorita Olwin —dijo.

Smara se puso en pie.

—Muy bien, capitán. ¿Vamos, Chet?

Salieron del saloncito y descendieron por una empinada escalerilla hasta un lugar que Chet calculó se hallaba en lo más profundo del barco. El capitán se detuvo ante una puerta que abrió sin más trámites, se echó a un lado para que los dos jóvenes pasaran al otro lado.

Chet cruzó el umbral y se detuvo estupefacto apenas lo había hecho. Casi no podía dar crédito a sus ojos.

Había allí un submarino.

El sumergible no era muy grande, sin embargo; Chet calculó que mediría unos quince metros de largo por cinco de grueso en su parte central, sobre la cual se divisaba una protuberancia vagamente parecida a una torreta de control, en uno de cuyos costados se veía abierta una escotilla.

En torno al submarino y adosado a la pared interna del yate, corría un pasadizo volante, unido al sumergible por una plancha. Smara la cruzó con paso resuelto y se dirigió al tripulante que se hallaba en la escotilla.

—Éste es el huésped —dijo.

—Bien —contestó el sujeto lacónicamente.

Penetraron en el submarino y descendieron a su interior por una escalera vertical. Otro marinero les condujo a un pequeño cubículo, en el que sólo había una mesa y dos sillas; a continuación, los dejó solos.

Momentos después, Chet percibió el suave zumbido de unos motores que se ponían en movimiento. En su interior, admiró la habilidad y la astucia de los hombres de la
O. C. O.
al instalar su cuartel general en el punto más insospechado: el fondo del mar.

El movimiento de descenso del submarino resultó claramente perceptible, a pesar de su suavidad.

—Un buen truco, evidentemente —dijo admirado—. Nadie sospecharía, al ver el yate, que éste transporta un submarino en su

interior. Esto cuesta dinero, lo cual me dice que no es ése un punto que os cause preocupaciones.

—Ciertamente —admitió la muchacha—. La lucha contra nosotros ha tomado tales proporciones, que hemos tenido que recurrir a todos los medios para lograr nuestros deseos.

—¿Se han producido bajas ya? —preguntó Chet.

—Si te refieres a combates con efusión de sangre, te diré que no —respondió ella—. No obstante, es cierto que ha habido bajas en ambos bandos.

—Y… ¿cuál ha sido la suerte de las bajas?

—Todo vendrá a su tiempo —contestó ella. De repente movió una mano—. ¡Mira!

Chet volvió la vista. Una exclamación de asombro se escapó al instante de sus labios.

Todo un lado de la habitación acababa de volverse súbitamente transparente, permitiendo ver el interior del mar con absoluta perfección. Unos potentes reflectores, instalados en la parte superior del sumergible, barrían las tinieblas submarinas, permitiendo con ello presenciar un espectáculo fabuloso.

Durante unos momentos, Chet permaneció en silencio, contemplando el fascinante panorama que se ofrecía a su vista. Peces de todos los colores y todos los tamaños evolucionaban en torno al buque, apareciendo y desapareciendo con súbitos relampagueos, según salieran de la zona oscura a la iluminada y viceversa. La negrura que se veía fuera de los haces de rayos luminosos le indicó sobradamente que el submarino había alcanzado una enorme profundidad.

Su opinión fue confirmada momentos después por la visión de un animal de pesadilla: un calamar gigante, de más de doce metros de largo, cuyo enorme pico se abría y cerraba con movimientos estremecedores. Los dos tentáculos principales, mucho más largos que los otros, se agitaban como horribles látigos en el seno de la masa líquida, infundiendo pavor y espanto sólo con mirar sus estremecedoras ondulaciones.

El molusco se alejó al cabo. Chet pensó que la cota que habían alcanzado en pocos momentos debía de tener cifras elevadísimas, dado que, según sus conocimientos, los calamares gigantes vivían siempre en las grandes profundidades marinas. Pero, careciendo de

instrumentos adecuados, le resultaba imposible calcular la cifra exacta de metros conseguidos.

De pronto se percató de un detalle.

—¿Cómo podemos ver a través del casco del submarino? —preguntó.

—Polarización —respondió ella—. Uno de nuestros mejores científicos consiguió lo que incorrectamente llamaremos aleación, ya que el metal y el vidrio han sido fundidos íntimamente, formando así un nuevo cuerpo de propiedades sorprendentes. Basta polarizar el sector que se desea para permitir la transparencia. O la opacidad, según los casos.

Chet asintió con leve gesto.

Pasaron unos minutos. De pronto, los reflectores del barco iluminaron una pared rocosa, el muro de un colosal precipicio sumergido, cuyo principio y fin no podía verse. Los farallones descendían a pico hasta alcanzar una profundidad indescriptible.

El submarino refrenó la velocidad de descenso hasta convertirla en un movimiento casi perceptible. Al mismo tiempo, sus hélices propulsoras empezaron a acercarlo al gigantesco acantilado.

Uno de los reflectores empezó a oscilar de pronto, con rápidas alternativas, siguiendo lo que a Chet le pareció un ritmo preconcebido de antemano y que en modo alguno podía ser morse telegráfico. La proa de la nave quedó apuntando directamente hacia el farallón.

Transcurrieron algunos minutos. Súbitamente, los ojos del joven captaron un espacio negro frente a él.

Pronto se dio cuenta de que se trataba de un hueco abierto en el paredón, el cual se ensanchaba con cierta perceptible lentitud. Chet supo en seguida que se trataba de una caverna existente en el interior de la roca; faltaba saber si la oquedad se debía a causas naturales o había sido practicada por la mano del hombre. En todo caso, decidió, era un detalle secundario, sin importancia alguna.

El hueco se ensanchó lo suficiente para permitir el paso al submarino. Chet pensó en la magnífica construcción del aparato, que le permitía soportar sin detrimento alguno las fabulosas presiones que reinaban a semejante profundidad. Lentamente, el barco avanzó hasta franquear el umbral de aquella enorme puerta.

Transcurrieron bastantes minutos. De repente, Chet advirtió que

el nivel de las aguas descendía rápidamente. Ello le dijo que se hallaban en el interior de una esclusa y que el líquido era vaciado a fin de permitirles la salida del sumergible. Al cabo de un rato, el suelo trepidó ligeramente, osciló un poco y luego se quedó definitivamente inmóvil.

Un hombre penetró entonces en la pequeña cabina.

—Ya hemos llegado —anunció.

CAPÍTULO VIII



l submarino estaba apoyado sobre unos pies de roca, semejantes a los usados en los modelos de miniaturas navales. Salvo algunos pequeños charcos existentes en el suelo, no había el menor indicio de que al otro lado de la compuerta de la esclusa estuviese el mar, con una capa de miles de metros por encima de sus cabezas. Chet se admiró del fenomenal trabajo de ingeniería que habían llevado a cabo aquellos seres y se preguntó si valía la pena un esfuerzo semejante, aplicado a unos fines no del todo claros, por mucho empeño que pusiera Smara en alabárselos. Pero él no estaba allí para criticar sino para actuar.

¡Qué distinto era todo desde hacía unos días!

Descendieron del submarino por una escalera de cuerda que tendió uno de los tripulantes. Luego se acercaron al lado opuesto por donde habían entrado, hacia lo que parecía ser una puerta de acero bien templado y de indudable grosor.

La puerta se descorrió a un lado en silencio. Estaba a un nivel

ligeramente elevado sobre el suelo de la caverna, y Chet y Smara debieron ascender una docena de peldaños, esculpidos en roca viva, para poder franquear el umbral de aquella puerta.

Pasaron al otro lado. Chet hubo de apelar a un verdadero esfuerzo de voluntad para no lanzar un grito de asombro.

Delante de él se extendía una caverna de colosal magnitud, iluminada con brillantes hasta parecer que recibía directamente los rayos del sol, y cuyo final no podía distinguirse. Su altura oscilaba entre los treinta y cuarenta metros de promedio, por el doble de ancho. El suelo no era liso del todo, aunque tenía varios encintados de cemento, a fin de permitir una mayor comodidad en el tránsito.

A regular distancia de la puerta y a ambos lados de la misma, Chet pudo divisar una doble hilera de edificaciones de una sola planta, parecidas a barracones militares. Comprendió al momento que se trataba de los alojamientos de quienes vivían en aquella caverna submarina, algunos de los cuales iban y venían por distintos lugares de la misma, sin prestarles otra cosa que una cortés atención. Uno de ellos, sin embargo, se les acercó, saludó a la muchacha y cambió con ella unas breves palabras. Smara escuchó atentamente y luego movió la cabeza con gestos afirmativos.

Se volvió hacia Chet.

—Vamos —dijo—; el profesor Ghöne nos espera.

El joven no quiso formular ninguna pregunta sobre el particular. Caminó al lado de la muchacha, precedido por el individuo que había acudido a recibirles y en cuyo pecho había podido ver dos cuadrados de oro, de un tamaño aproximadamente la mitad de los que ostentaba Smara durante el sueño en que ella se le había aparecido.

Al cabo de unos momentos, llegaron a un edificio aislado de los demás. El sujeto saludó y se retiró. Smara tocó con los nudillos y, unos segundos después, abría la puerta y cruzaba el umbral.

Había un hombre trabajando sobre una mesa de despacho. Era de mediana estatura, grueso, calvo, de flotante papada y de mirada viva y penetrante. Dada la excelente temperatura de la caverna, el individuo vestía de una forma liviana, y, sobre el lado izquierdo de su fresca camisa de mangas cortas, llevaba una insignia idéntica a las que Chet conocía ya de sobras. En su caso era un rombo de gran tamaño, más de cinco centímetros de lado.

—Profesor —habló al hombre Smara—, tengo el gusto de presentarle al señor Ritchie. Chet, el profesor Ghöne.

El hombre se había levantado al verles entrar. Alargó la mano y estrechó la de ambos. Luego les indicó sendas sillas.

—Por favor —dijo, después de los correspondientes saludos.

Chet y Smara se sentaron. El profesor Ghöne hojeó unos papeles rápidamente y luego se encaré con el joven.

—Señor Ritchie, está usted en la sede de la O. C. O. Me imagino que ya está suficientemente informado acerca de quiénes somos nosotros.

—Ciertamente, profesor —contestó Chet—, aunque no totalmente de cuáles son sus propósitos ni qué es, en concreto, lo que pretenden. La señorita Olwin se ha negado a darme más explicaciones, alegando que carecía de la suficiente autoridad. Espero que usted sepa aclararme lo que para mí, de momento, es algo que estimo como un misterio.

Ghöne sonrió plácidamente.

—Smara es una muchacha muy discreta y, ni qué decir tiene, uno de nuestros más eficaces colaboradores. Bien, señor Ritchie, usted ha podido ya darse cuenta de cuáles son sus nuevas facultades psíquicas.

—Así es y, la verdad, no sé si mostrarme contento o afligido.

—¿Por qué? —Extrañado, Ghöne arqueó las cejas.

—Verá, profesor, opino que cuanto más sabe un hombre, sea por la causa que sea, más complicaciones se le presentan. No quiero decir con ello que sea partidario de la ignorancia absoluta —sería tanto como desear la vuelta a la Edad de Piedra—; pero opino que hay facultades que estarían mejor dormidas, como me sucedía a mí hasta no hace mucho.

Ghöne sonrió débilmente.

—Según usted, no le agrada demasiado saber que dispone en su cerebro de un formidable poder.

—Si he de usarlo para el mal, por supuesto que no, profesor.

—Nadie le dice que haya de usar esos poderes para realizar daño a nadie, señor Ritchie —contestó Ghöne vivamente—. Al contrario, lo que pretendemos es el bien común. Pero, para conseguirlo, necesitamos más y más colaboradores. Usted puede ser uno de ellos

y no de los menos importantes, ciertamente.

Chet fingió meditar durante unos momentos. Luego contestó:

—Profesor, no puedo prometerle unirme a ustedes mientras no conozca con absoluta claridad cuáles son sus fines.

—¿Nos teme criminales, señor Ritchie?

—No he dicho tanto, profesor —repuso el joven—. Pero, cuando uno es invitado a formar parte de una sociedad humana, de una agrupación, de una alianza, lo primero que debe hacer es enterarse de los fines de esa asociación. Y lo segundo, aparte de los deberes, debe enterarse de los eventuales beneficios que pueda obtener.

—Vaya —se chanceó Ghöne—, al menos no se puede decir que no sea usted sincero. Hasta ahora, que yo sepa, es el único que no ha aceptado nuestra proposición en el acto.

—Alguno tenía que ser el primero, profesor —dijo Chet con rostro impasible—. Ciertamente, los poderes psíquicos son muy agradables de poseer, pero mal usados pueden causar daños irreparables. ¿Cuál es el fin primordial de su asociación? —preguntó bruscamente.

—El hombre actual es una débil criatura. Oh, es cierto que ha mejorado grandemente durante el transcurso de las edades, pero todavía no es más que un animal pensante. Prácticamente, sólo usa, además del cuerpo, una parte infinitesimal de su mente, precisamente la que podríamos decir más débil, menos productiva y menos útil. Nosotros aspiramos a que el hombre de mañana, de un mañana terriblemente próximo, utilice íntegramente todas sus facultades mentales, que son mucho mayores de lo que usted mismo puede suponer.

»Ahora bien —siguió Ghöne tras una leve pausa—, eso no puede lograrse en la actualidad, dada la estructura de nuestra sociedad. Nosotros aspiramos a cambiar esa estructura, claro que de un modo pacífico y sin violencias, a fin de que la humanidad pueda alcanzar ese supremo beneficio que es el uso ilimitado de los poderes y facultades de la mente.

—¿Y qué beneficios obtendrá el hombre cuando hayan conseguido sus fines?

La mirada de Ghöne se iluminó de repente.

—Se convertirá en un semidiós —dijo con supremo énfasis.

Hubo una pausa de silencio. Por un momento, Chet temió que el

profesor fuera un loco o un maniático, pero no, hablaba completamente en serio y, lo que era peor, absolutamente convencido de la verdad de sus palabras.

—¿Un semidiós? —repitió en tono inquisitivo.

—Sí. Tengo entendido que Smara Olwin le ha dado ya algunas muestras de los enormes poderes de su mente. Sin embargo, no es nuestro fin educar a la gente para que adivine los pensamientos de sus semejantes, ni tampoco para que pueda teleportarse de un lado a otro, aunque, ciertamente, tales cualidades no sean de desdeñar. No, nuestros fines son muy otros. —El tono de Ghöne se acentuó de pronto—. Cuando el hombre haya desarrollado totalmente su fabulosa capacidad psíquica, cuando su mente haya vencido por completo al cuerpo, cuando éste sea dominado absolutamente por el cerebro, habrá llegado el momento de decir: «Hemos triunfado». Porque no será un dominio de la mente sobre el cuerpo en sentido genérico, sino sobre todas y cada una de las células y átomos que lo componen; y entonces, dominándolos absolutamente, impediremos su envejecimiento por nuestra propia fuerza y viviremos prácticamente toda una eternidad.

Chet se quedó estupefacto al escuchar las palabras del profesor. ¿Hablaba en serio o pretendía burlarse de él? ¿Eran sus palabras las de una persona sensata o las de un alucinado?

—¿Inmortales? —murmuró.

—No tanto como eso, porque no hay que ser vivo que pueda mantener su existencia durante toda una eternidad, a pesar de la metáfora que he empleado. Pero, cuando eso haya ocurrido, el vivir durante cientos o aun millares de años, será una cosa común y corriente, señor Ritchie.

El joven se espantó.

—¡Sería horrible! —exclamó.

—¡Horrible! —repitió Ghöne escandalizado—. ¿Califica usted de horrible el convertir en realidad uno de los más viejos sueños de la humanidad?

—No sé qué decirle, profesor, pero a mí me parecería terriblemente aburrido. No digo que no me gustase vivir cien años más de lo corriente, pero creo que llegaría a cansarme de la existencia. Y no sería yo el único, se lo aseguro. Según eso —añadió Chet calurosamente—, el hombre no estaría sujeto a dolencias ni

necesidades. Ni siquiera tendría que alimentarse.

Ghöne dijo:

—Hay cierta exageración en sus palabras, aunque indudablemente, se aproximan a la realidad. De todas formas —sonrió ladinamente—, creo que acabará por cambiar de manera de pensar cuando todas sus facultades mentales hayan alcanzado su más completo desarrollo. De lo cual, como es lógico, nos encargaremos nosotros, con su aquiescencia, por supuesto, señor Ritchie.

Chet no quiso objetar nada por el momento. Pero aún tenía más preguntas que formular.

—Si mal no recuerdo —dijo—, mencionó algo al respecto de un programa de educación de la mente de los humanos. ¿Cómo piensan conseguirlo?

—Apoderándonos del gobierno del planeta.

«Bueno, ya está, ya lo soltaron», pensó el joven rápidamente.

—¿Por la violencia?

Ghöne soltó una suave risita.

—Amigo Ritchie —dijo—, ¿cree usted que con nuestros formidables poderes, necesitamos recurrir a procedimientos rudos?

—Evidentemente, no —respondió Chet—. Pero ¿cómo piensan hacer esa conquista?

—De un modo gradual y paulatino. Infiltrándonos en los organismos gubernamentales —en realidad, ya hay muchos de nuestros miembros en las dependencias del gobierno—, primero en los sitios menos conspicuos y luego, poco a poco, ocupando lugares de mayor responsabilidad, hasta alcanzar finalmente la cúspide desde donde podamos dictar órdenes sin temor a que sean rechazadas por la masa.

—Ah, ya, vamos; el sistema de la mancha de aceite.

—Justamente. Y, cuando hayamos alcanzado nuestra meta, convencer al pueblo no será empresa difícil.

El joven reflexionó durante unos momentos.

—El programa, en principio, me agrada —dijo—, pero le encuentro un inconveniente.

—¿Cuál?

—La experiencia histórica me dice que, cuando un grupo de personas se coaligan para lograr algo, surgen luego las disputas y

las discrepancias. En tiempos antiguos, estas disputas terminaban luego en un baño de sangre entre los que habían alcanzado el poder, de modo que los más débiles o los menos fuertes, sucumbían a manos de quienes poseían más inteligencia o fortaleza. ¿No ocurrirá ahora algo semejante? Porque, preciso es tenerlo en cuenta, los que gobiernan hoy, cuando menos oficialmente, son los más capacitados. Pero, cuando hayamos alcanzado la meta que usted me ha señalado, no habrá más fortaleza ni más inteligencia; todos seremos iguales…

—Exactamente es lo que pretendemos, señor Ritchie —le interrumpió el profesor.

—Seremos iguales —continuó Chet, impasible—, en cuanto concierne al desarrollo de las facultades mentales, pero ha olvidado lo más importante: la ambición humana. ¿Cómo me piensa demostrar usted que es mejor que yo para tal o cual puesto, para desempeñar este o estotro ministerio? ¿En qué basará usted su pretendida superioridad si nuestras mentes son iguales? Si la suya y la mía poseen una fuerza análoga y no podemos usarlas para combatirnos por la ambición de un mismo beneficio, entonces terminaremos recurriendo a la fuerza de los puños. ¿Y, qué habremos ganado entonces, profesor?

Ghöne emitió una sonrisita de conejo.

—Le veo a usted muy discutidor, amigo Ritchie.

—No, sino razonable. O, mejor dicho, razonador —corrigió el joven—. Estoy tratando de presentarle todos los argumentos posibles. De la discusión sale la luz, creo yo.

—Y yo también —afirmó Ghöne—. Pero, de todas formas, aún no he obtenido de usted una respuesta concreta.

Chet levantó los hombros.

—Bueno —dijo—, ¿por qué no?

—Luego, ¿acepta?

—Sí, pero ya dije en una ocasión que con reservas.

Hubo un espacio de silencio. Chet y Ghöne se miraron fijamente.

De pronto, Chet percibió en el interior de su cerebro una sensación extraña. Era un contacto casi físico, como si un dedo forrado de terciopelo tantease sus circunvoluciones cerebrales. Inmediatamente se percató de que el profesor estaba tanteando su mente.

Adoptó una solución con enorme rapidez.

«¿Qué se han creído estos tipos? Cuando me llaman, es que me necesitan. Y si me necesitan, tengo que hacerme valer. A ver si voy a ser menos que ellos, demonios».

El dedo invisible se retiró apenas había terminado de concebir tales pensamientos. Chet disimuló la satisfacción que sentía tras una máscara de impasibilidad.

—Está bien —dijo el profesor Ghöne—. No obstante, su capacidad mental es preciso que reciba unas cuantas lecciones a fin de educarla y acondicionarla. Si no tiene inconveniente, empezará mañana. Sus profesores serán la señorita Olwin y otro que designaré oportunamente.

—Puede considerarme incondicionalmente a su disposición, profesor —contestó el joven lleno de cortesía.

Ghöne alargó una mano y tocó un timbre.

—Ahora les conducirán hasta su alojamiento —dijo.

CAPÍTULO IX



l alojamiento que les habían destinado era un barracón que se componía de dos dormitorios, separados por una pieza destinada a comedor y cuarto de estar. Disponía también de un pequeño cuarto de baño, pero no había conservador de alimentos.

—A las horas de comer, iremos a recoger nuestras raciones en el comedor común —dijo Smara, en contestación a la pregunta del joven.

Chet lanzó una mirada apreciativa en torno suyo.

—¡Psé! —comentó—. No está mal. Claro que el principal mérito de todo esto estriba en el trabajo tan enorme que habrá representado la construcción de tantos barracones y, más aún, el transporte hasta aquí abajo.

—Ciertamente —reconoció Smara—. Pero éste es un tema que no nos interesa ahora tratar, Chet.

Él se dio cuenta al instante del tono tenso y adusto de la

muchacha.

—¿Ocurre algo, Smara? —preguntó, fingiendo ingenuidad.

—Demasiado sabes que sí —contestó ella enojada—. No te has portado muy bien con Ghöne.

—No habrás ido a pensar que debía haber besado sus zapatillas.

—En absoluto. No te exijo un servilismo semejante, aunque sí un poco más de comprensión y hasta de cortesía con quienes pretenden solamente darte participación en una serie de beneficios como no tienes una idea.

Chet se sentó en una silla, cruzó las piernas y encendió un cigarrillo con toda tranquilidad.

—¿Sabes? —dijo al cabo, en medio de una espesa nube de humo —. Te lo digo a ti en virtud de la confianza que nos une, pero a nadie más. Todo esto me parece más que absurdo, ridículo.

Smara pegó un respingo.

—¿Ridículo? ¿Ridículo, cuando se trata de la cosa más grande que ha hecho el hombre desde que aprendió a caminar erguido? Vamos a ver, ¿en qué te fundas para hacer semejante afirmación?

—En eso. —Chet señaló el seno izquierdo de la muchacha, donde destellaban los tres cuadrados dorados indicadores de su rango.

—¿Qué tiene que ver mi distintivo con los problemas pendientes?

—Muy sencillo. Alardeáis continuamente de los fabulosos poderes de la mente. Pero usáis una serie de insignias que, supongo, indican la categoría de cada uno de vosotros dentro de la organización. Ghöne sostiene que todos seremos iguales cuando nuestros poderes psíquicos hayan alcanzado pleno desarrollo. Al parecer, tú y él y muchos otros, ya lo habéis conseguido. En tal caso, ¿por qué esas diferencias de rango? Además, me parece ridículo, porque inspira la idea de que sois una sociedad de conspiradores con fines utópicos, absurdos e irrealizables.

—Estás diciendo tonterías —contestó ella—. De no estar segura de ti, pensaría que estás al servicio de la S. T.

Chet soltó una carcajada.

—¡La S. T.! ¡Qué tontería! ¿Quieres penetrar en mi mente? Ghöne ya lo ha hecho y no ha encontrado en ella nada de particular.

—Yo no lo haré jamás —declaró Smara—. Te quiero y por nada del mundo, salvo en caso de peligro inminente para ambos, me atrevería a penetrar en tu mente. —Con gesto brusco, se arrodilló a su lado y le tomó una mano—. Oh, Chet, ¿por qué eres tan descreído? ¿Qué te hace mostrarte tan escéptico y lleno de sarcasmo hacia nosotros?

—Simplemente, los propósitos de vuestra organización. Repito que son absurdos y que, por mucho que lo intentéis, no conseguiréis jamás los fines que preconizáis. Sobro todo, por una razón muy importante.

—¿Cuál? —preguntó ella, levantando la cabeza para mirarle a los ojos.

—Ésta: Olvidáis a los demás; olvidáis que, pese a las indudables limitaciones de su cerebro, son seres humanos, que piensan, sienten y opinan y, que, naturalmente, pueden estar en desacuerdo con vosotros. Desde ahora ya, sin haber conseguido todavía una mínima parte de los fines anunciados, tratáis al resto de los hombres como a un rebaño, como a una manada que no merece apenas otra cosa que un poco de alimento, los restos de lo que vosotros no hayáis consumido. Todavía no he visto a nadie que haya triunfado sólo por desestimar la fuerza de su adversario; y esto es lo que estáis haciendo vosotros. No hay enemigo pequeño, te lo advierto de antemano; y puesto que lo habéis olvidado, desde aquí te digo que ese olvido será vuestra perdición.

Ella se puso en pie de súbito, con unos ojos llameantes.

—¿Quieres que te demuestre prácticamente por qué somos invencibles? —exclamó en tono enfático.

—Adelante —respondió él de buen humor.

La muchacha entrecerró los párpados un instante, como si se concentrase en sí misma. Su cuerpo adquirió una rigidez de estatua, detenidos incluso los naturales movimientos de la respiración.

De pronto, Chet advirtió que la silla se levantaba del suelo, suspendiéndolo en el aire. Miró a Smara y vio que su rostro estaba cubierto de una fina película de brillante sudor.

Al cabo de un minuto, la silla descendió al suelo. Smara abrió los ojos e hizo una profunda inspiración.

—¿Qué te ha parecido? —preguntó, evidentemente orgullosa de sí misma.

—Como ejercicio de levitación, pasadero —admitió él en tono casual—. Pero, dime, ¿podrías hacer lo mismo con una muchedumbre? ¿Serías capaz de levitar o teleportar a diez, veinte o cien personas a la vez?

—¿Es necesario que haga tal cosa para dominar a las masas?

—Claro que sí, porque de lo contrario… ¿te imaginas lo que podría ocurrirte?

—No. Explícamelo, ¿quieres?

—La multitud acostumbra a destruir lo que no comprende. Esto viene sucediendo desde tiempo inmemorial. Nos burlamos de los alquimistas de la Edad Media y de los brujos de aquel entonces, que solían parar en la hoguera; pero, en realidad, sabían mucho más de lo que suponemos y tenían unas facultades absolutamente incomprensibles aun para un hombre de hoy día. Si tú y los tuyos empezáis a actuar de ese modo y la gente se da cuenta de ello, os destruirá, aunque no sea más que por la simple masa del número. Puedes detener a uno o dos, pero no a una multitud enfurecida. Y eso es lo que os sucedería indefectiblemente si no actuáis de una manera muy discreta.

—Eres un grosero —dijo ella en tono desdeñoso—. ¿Crees que somos tan tontos como para actuar a cara descubierta?

—No, aunque lo parecéis, cuando consideráis como tontos a los que no son como vosotros. Y esto, recuérdalo bien, es lo que os perderá.

—Sería mejor que dejásemos esta conversación, Chet. Realmente, ha sido una lástima confiar en ti.

—Es posible —admitió él sin inmutarse.

Aquella noche, Chet se durmió rápidamente, pero pocas horas después, despertó, súbitamente desvelado, sin saber exactamente a qué se debía aquel repentino insomnio.

Permaneció durante unos minutos en la misma posición, con los ojos cerrados. De pronto se le ocurrió una idea.

Concentróse en sí mismo, procurando evadirse de su cuerpo. Al cabo de unos segundos le pareció que abandonaba su envoltura carnal.

«Salió» del barracón al exterior de la gran caverna. Las luces, en el período de descanso, habían sido atenuadas, dejando únicamente una leve penumbra, lo justo para poder caminar sin incidentes. A

pesar de todo, Chet sabía que aun en la oscuridad hubiera sabido hallar igualmente su camino.

Le costó apenas una fracción de segundo hallarse en el despacho del profesor Ghöne. Éste se hallaba acompañado por un hombre joven, de agradable presencia, con el cual conversaba en aquellos momentos. Era el mismo que les había recibido a su llegada.

—Ese sujeto nos va a proporcionar muchos quebraderos de cabeza —decía en aquel momento el profesor Ghöne.

—¿Tan fuerte es? —preguntó el hombre joven.

—Posee una fortaleza mental incomparable. Hablando francamente, mi querido Johnny, es algo fabuloso, como no se ha visto jamás. Bueno —dijo Ghöne con forzada sonrisa—, las cosas de la mente no se ven; sólo se ven sus resultados.

—Claro, profesor.

—El amigo Ritchie es un brillante de un millón de kilates, en bruto. Ni él mismo sabrá jamás darse cuenta de cuál es su fantástico poder.

—¿Entonces…?

—Usted será su monitor, querido Johnny. Ahora bien, así como en los casos anteriores nos hemos esforzado por desarrollar al máximo las facultades mentales de nuestros nuevos agregados, en el presente debe hacer exactamente todo lo contrario.

—¿Cómo? —se asombró Johnny—. ¿Desconfía usted de él?

—No sería sincero si no le dijese la verdad, Johnny. Efectivamente, Ritchie no me parece muy seguro.

—¿Acaso la S. T…?

—No. Es decir, al menos no he visto en su cerebro la menor referencia a esos hombres, durante el rápido sondeo mental que le practiqué en el curso de mi entrevista. Me planteó numerosas objeciones, pero acabé dándome cuenta de que sólo es un ambicioso.

Johnny silbó tenuemente.

—¿Qué debemos hacer, pues, en su opinión, profesor?

—Ahora hablaré con el Número Uno y espero confirme mis planes. Johnny, usted deberá esforzarse por limitar los fabulosos poderes de nuestro amigo Ritchie. De lo contrario, podremos decir, si nos queda tiempo para ello, que hemos creado un verdadero monstruo.

—En tal caso, la intervención quirúrgica estaría más que justificada, profesor.

—Quizá tengamos que recurrir a ese extremo, Johnny. Pero sólo lo haremos en caso de verdadera necesidad. Una operación de neurocirugía podría inutilizarlo para siempre, es cierto; pero no podríamos aprovecharnos de él en lo sucesivo. Y conviene que le conservemos como una especie de cartucho de reserva.

—Entiendo, profesor. Lo que usted quiere de mí es que obre con Ritchie a modo de dique de contención, encauzando y dirigiendo sus facultades, limitándoselas hasta un punto conveniente para nosotros, sin permitirle en modo alguno que se desborden.

—Exactamente —Ghöne sonrió ampliamente—. Veo que usted y yo nos entendemos a la perfección.

—Lo celebro, profesor. Bien, mañana empezaré con él y le tendré a usted al corriente de mis trabajos.

—Gracias, Johnny. No esperaba menos de usted. Ahora, vaya a dormir y descanse. Tiene ante sí una labor muy dura, por lo que le auguro un trabajo nada fácil.

—Espero resolver este asunto a la satisfacción de todos, profesor.

Johnny se puso en pie y salió de la estancia. Chet decidió «esperar» allí. Sentía una viva curiosidad por conocer al Número Uno. Conque todos iguales, ¿eh?, pensó con notorio sarcasmo.

Al quedarse solo, Ghöne se acercó a una especie de aparato telefónico, dotado de una hilera de botones en lugar del habitual disco. Pulsó unos cuantos y esperó breves instantes.

Poco después, «oía» la voz de Ghöne.

—¿Número Uno? Aquí, Número Cero Siete. —Ghöne calló un poco, como si escuchase la voz de su misterioso interlocutor y luego prosiguió—: Sí, lo tenemos aquí… No, por ahora no parece demasiado dispuesto a cooperar, aunque esperamos convencerle. Sin embargo, en vista de sus formidables facultades, infinitamente superiores a lo que habíamos calculado, he pensado que lo mejor sería…

Chet se dijo que ya sabía en qué iba a consistir la conversación. Su interés no estribaba en volver a oír algo que ya conocía, sino averiguar la identidad del Número Uno.

Era evidente que el Número Uno no se encontraba en la caverna

submarina. Debía de hallarse en la superficie. ¿Dónde?

El hilo conductor partía de la base del aparato. Posiblemente atravesaba la esclusa de acceso y ascendía a la superficie. Siguiéndolo, se dijo, llegaría en un momento hasta donde se hallaba el Número Uno. Así sabría su identidad y…

Pero no, había otro medio mucho más fácil y, sobre todo, más «cómodo».

La mente de Ghöne.

¿Por qué no sonsacárselo sin que él lo advirtiese? Penetraría en su cerebro durante una fracción de segundo, antes de que tuviese tiempo de aprestar sus defensas psíquicas, y «vería» así el rostro del Número Uno que indefectiblemente debía de estar dibujado en el cerebro del profesor. Un método sencillo, ciertamente.

No tuvo tiempo de hacerlo.

Algo «tiró» de él.

Una voz humana.

¡Una voz de mujer!

—¡Chet, Chet!

Maldijo rabiosamente. ¿Qué diablos quería Smara?

Vaciló durante unos instantes. La voz de Smara continuaba sonando en su interior con tonos de apremio.

«Regresó» junto a su cuerpo. Antes de volver a penetrar en él, vio a la muchacha inclinada sobre su lecho con expresión angustiada.

«Reentró» en su cerebro y abrió los ojos.

—Hola, Smara —preguntó en voz alta.

—¿Qué te pasaba? —preguntó ella, lanzando un suspiro de alivio—. Hace ya un buen rato que te llamo, sin obtener contestación.

—Estaba dormido, simplemente. ¿Te ocurre algo?

Ella levantó la mano derecha, en la cual aparecía un cigarrillo.

—Me desvelé, sentí ganas de fumar… pero no tenía fósforos.

Chet se sentó en el lecho, maldiciendo interiormente la inoportunidad de la muchacha. Alargó la mano y buscó en el bolsillo de su camisa.

—Toma, aquí tienes —dijo, disimulando las ganas que sentía de propinarle una buena reprimenda.

Ella encendió el cigarrillo. Era evidente que se sentía nerviosa.

—Dime, Chet —preguntó, después de exhalar las primeras bocanadas de humo—, ¿es cierto que estabas dormido?

El joven se rascó la cabeza, presionando ligeramente en el lugar indicado. Un levísimo hormigueo se extendió al instante por su pericráneo, detalle indicador de que el aparatito neutralizador de emisiones mentales estaba en funcionamiento.

—Bien, puesto que no confías en mi palabra, ¿por qué no penetras en mi mente?

—Ya te dije que no quería hacerlo de no ser absolutamente necesario —objetó ella.

—Ahora soy yo el que desea que lo hagas —dijo Chet en tono imperativo—. Vamos, ¿a qué esperas?

Chet la observó atentamente. ¿Daría resultado el neutralizador? Se esforzó por pensar en que estaba engañando a la muchacha, a fin de comprobar la eficacia del aparato. Si éste no daba los resultados predichos por el capitán Milburn, podría decirse que su labor había fracasado.

Con toda claridad, percibió los sondeos mentales de Smara. Pero así como en el caso de Ghöne había captado algo parecido a un dedo invisible, que hurgaba en su cerebro, ahora sintió que, ese dedo se deshacía en una especie de velo finísimo que ondeaba por todas partes, sin conseguir penetrar en su cerebro. Alborozado interiormente, comprobó que Milburn no le había engañado.

El velo se encogió primero y luego se disipó. Smara habló en tono de alivio.

—Has dicho la verdad —manifestó. Y bruscamente, sin añadir una sola palabra, giró sobre sus talones y salió del aposento.

Chet desconectó el aparato. Luego se puso un cigarrillo encendido entre los labios y se tendió en el lecho, apoyando la nuca en ambas manos.

Mentalmente, había convencido a la muchacha. Pero había otra cosa que no tenía que ver nada con las facultades físicas o psíquicas, aunque estuviese más cerca de éstas: la intuición.

Y Chet sabía que la muchacha se fiaba de su intuición y que ésta le decía que él la engañaba.

CAPÍTULO X



urmió profundamente durante el resto de la noche. Hubiera continuado durmiendo a no ser porque oyó sonido de voces en la pieza inmediata.

Una de ellas pertenecía a Smara. La otra era del sujeto llamado Johnny, la del joven que debía reducir sus facultades.

—Empezaremos por la prueba «standard» —decía Johnny—. Mañana, según el resultado de la prueba, pasaremos al «test» de Knock-Virelli. Los informes que tengo del sujeto no pueden ser más alentadores. Dicen que un verdadero fuera de serie, cosa que no debe causarnos sino una verdadera satisfacción…

Mientras Smara y Johnny continuaban hablando, Chet se levantó y pasó al baño, donde se aseó y vistió rápidamente. Diez minutos después, se hallaba en el saloncito.

—Buenos días —saludó alegremente—. Es decir, ¿son buenos días allá arriba, en la superficie?

—El tiempo es espléndido, aunque aquí no lo notemos —

contestó el sujeto—. ¿Qué tal, amigo? Soy Johnny Keare, pero puede llamarme Johnny, como hacen todos, Chet.

—Encantado, Johnny —contestó el joven. A hurtadillas miró a Smara. La muchacha daba la sensación de estar enojada con él, pese a su sonrisa—. ¿Cómo te encuentras, querida?

—Muy bien, gracias. Mira —dijo ella, señalando la mesa—, te traje el desayuno. Siéntate y come mientras Johnny te explica algo de lo que queremos de ti.

—Muy bien —aceptó él. Empezó a comer con magnífico apetito, pensando en que, al menos, los alimentos eran sólidos y, sobre todo, excelentemente condimentados.

—Amigo Chet —dijo Johnny, en tanto el joven se aplicaba al desayuno—, tengo entendido que ya está enterado de cuáles son los fines y objetivos de nuestra organización. Para no perder tiempo en inútiles explicaciones, le diré que soy uno de los encargados, en unión de la señorita Olwin, de desarrollar plenamente sus maravillosas facultades mentales. Hoy realizaremos unos cuantos sencillos ejercicios, los cuales, naturalmente, se irán complicando a medida que avance el tiempo. Al terminar lo que podemos llamar curso de desarrollo mental, sus facultades psíquicas se habrán adquirido un poder como usted mismo no se imagina siquiera.

—Eso es algo fantástico —contestó el joven—. Lo que no puedo entender es cómo no lo supe hasta hace poco. ¿Por qué no me enteré antes? Ya tengo casi treinta años, y creo que, esto es algo que debía haber sabido desde que tengo uso de razón, ¿no le parece, Johnny?

—Le diré, Chet —contestó el otro—. A todos nosotros, por regla general, nos ha pasado lo mismo. Estos poderes, por llamarlos así, existen en nosotros, en estado latente, desde el mismo momento de nuestro nacimiento. Ahora bien, hay quien morirá acaso sin que se le hayan desarrollado tales facultades, quizá porque su cerebro no está conformado psíquicamente para ello, y hay quien empieza a temprana edad. Lo que sí suele ser una regla general es que se necesita una especie de «*shock*» o revulsivo de algún género para que el individuo pueda darse cuenta cabal de lo que es y lo que puede ser en lo sucesivo. Tengo entendido que usted trabajaba en una oficina gubernamental, Chet.

—Así era —convino el joven.

—Pues bien, su continuo contacto con la computadora, un colosal cerebro mecánico, pero cerebro al fin y al cabo, fue lo que excitó en usted el poder de su mente, haciéndolo surgir de las profundidades en que se hallaba oculto. De no haber sido por tan afortunada circunstancia, tal vez usted habría permanecido siempre en la ignorancia de su verdadera condición.

—Bueno, no deja de ser un consuelo lo que me dice, Johnny. —Tomó el último sorbo de café y apartó los platos a un lado—. ¿Qué hay de la prueba «standard»?

—Vamos a ver —contestó Johnny. Smara se había sentado a un lado de la mesa, entre los dos, y le contemplaba con suma atención. Johnny extrajo de su bolsillo un mazo de naipes y empezó a barajarlo rápidamente.

—No irá usted a hacer lo que hizo un amigo mío que quiso dárselas de manipulador de cartas —sonrió Chet—. Ciertamente, adivinaba la carta cada vez, sin necesidad de mirarlas. Y no era telépata o como se llame eso que somos nosotros.

—¿Qué hacía tu amigo? —preguntó Smara súbitamente interesada.

—Pues verás —contestó el joven—. Sacaba un paquete de cartas y después de barajarlas, daba una a uno de los presentes. Inmediatamente adivinaba qué carta era. El as de trébol, por ejemplo, si el que había tomado la carta veía que era ésta. O el siete de corazones, por ejemplo. Y no fallaba nunca, te lo aseguro.

—¿Qué truco empleaba? —preguntó Smara, atónita.

—Las cincuenta, y dos cartas del mazo eran ases de trébol —rió Chet estruendosamente.

Smara se enojó, mientras Johnny acompañaba al joven de buena gana en su hilaridad.

—Tonto —refunfuñó ella indignada.

Johnny desplegó los naipes sobre la mesa, colocándolos boca abajo en amplio abanico.

—Veamos, Chet —dijo, sin dejar de sonreír—. Aunque tiene el aspecto de cartas de la baraja, no lo son en realidad. En lugar de las figuras ordinarias, tiene grabadas otras muy sencillas, de tipo geométrico: cuadrados, rombos, circunferencias, triángulos, paralelas rectas y onduladas, etcétera. Hay trece figuras distintas, pero que, sin embargo, se repiten en cuatro colores distintos: negro,

rojo, azul y verde. Yo le indicaré una carta con el dedo y usted tiene que decirme, sin verla, qué figura tiene grabada, así como el color de la misma. ¿Ha comprendido?

—Ciertamente. El ejercicio no tiene nada de difícil, Johnny.

—Por eso mismo le llamamos «standard». El de mañana será un poco más difícil, se lo aseguro. Ahora —añadió Johnny—, procure concentrarse. Yo no le hablaré, Sólo le iré señalando con el dedo, ¿estamos?

—De acuerdo —contestó Chet.

Entrecerró los ojos y proyectó su mente al otro lado de los naipes. Fue sencillísimo, demasiado, a su entender. ¿Era aquélla la forma de anular su desarrollo mental?

El dedo de Johnny apuntó a una carta.

—Triángulo azul —dijo Chet en tono opaco.

Johnny señaló otra carta.

—Hexágono rojo.

—Paralelas onduladas negras.

—Circunferencia verde…

—Rombo verde…

—Cuadrado negro…

No había ninguna dificultad, convino consigo mismo. Johnny estuvo señalándole cartas hasta que se hubo convencido de que no fallaba ninguna.

De pronto, Chet se dijo que Johnny iba a suprimir el experimento. Pero todavía faltaban algunas cartas. Un hombre de visión normal no habría captado nada, pero Johnny había apoyado la yema del índice en cada carta al señalársela para su escrutinio. Y para los ojos del joven, la huella dactilar era tan claramente visible como si hubiese manchado la yema del dedo en tinta.

Esto le permitió observar que aún faltaban cuatro o cinco cartas. Una fulgurante incursión en la mente de Johnny le dijo que éste iba a señalar ya la última.

Entonces dijo:

—Esa carta no está grabada.

Un espeso silencio descendió sobre la estancia. Dos pares de ojos se clavaron en él con renovado interés.

—¿Está seguro de lo que dice, Ritchie?

—Véalo usted mismo, Johnny —contestó el joven en tono firme.

Johnny descubrió la carta. El anverso estaba completamente en blanco.

—¡Es imposible! —estalló al cabo de unos segundos de estupor.

—¿Por qué? —dijo Chet—. Puede tratarse de un error de impresión.

—No. Comprobé escrupulosamente todas las cartas antes de venir aquí. Es una precaución que no descuido jamás —aseguró Johnny enfáticamente.

—Quizá se le pasó esta vez —habló Chet con indiferencia—. A veces uno se olvida de ciertos actos habituales y cree que los ha realizado, sin haberlos hecho en realidad.

Johnny estaba claramente desconcertado. Durante unos momentos, contempló al joven con gesto entre reticente y suspicaz. De pronto, recogió las cartas, se puso en pie y, sin despedirse siquiera, salió del barracón.

Smara se enfrentó con él.

—Chet, ¿qué has hecho? Preguntó con acento severo.

El joven se llevó ambas manos al pecho.

—¿Yo? ¡Nada! Simplemente, tratar de realizar el «test», eso es todo.

—No me refiero a la prueba, sino al naipe.

—Estaba en blanco. ¿O es que tú no lo viste también? ¡Ah, ya! —Chet se echó a reír—. Seguramente estás pensando que os hipnoticé a los dos y que ahora, cuando Johnny haya salido de mi influencia, encontrará de nuevo la carta grabada, ¿no es así?

—Ciertamente, no me extrañaría en absoluto —dijo Smara en tono seco.

Chet se puso un pitillo en la boca, lo encendió y arrojó el humo con aire negligente.

—Si crees eso, ¿por qué no vas y lo compruebas por ti misma? Estoy seguro de que en estos momentos, Johnny se dirige a ver al profesor Ghöne, a fin de relatarle lo sucedido. Vamos, anda, ve y compruébalo. Te aseguro que el naipe sigue en blanco.

Smara vaciló unos segundos. Después se puso en pie, rodeó la mesa y salió rápidamente de la estancia.

Apenas se hubo quedado solo, Chet entrecerró los ojos, procurando concentrarse. Después de lo ocurrido la noche anterior, no le resultó difícil trasladar su mente al despacho de Ghöne, en el

preciso instante en que Johnny, tremendamente excitado, abría la puerta y penetraba en la habitación.

Johnny explicó al profesor lo que sucedía. Una vez terminado su relato, Ghöne, con gesto de profunda preocupación, le pidió que le enseñara el mazo de naipes.

El profesor tomó la baraja y repasó las cartas una por una. No tardó mucho en encontrar la que había quedado en blanco.

—Johnny —dijo lentamente—, ¿está absoluta y positivamente seguro de que cuando penetró en el alojamiento de Ritchie estaban todas las cartas grabadas?

—Me dejaría cortar el cuello —aseguró el hombre con rotundo énfasis—. Por nada del mundo cometería un error en ciertos asuntos, profesor.

Ghöne tomó la carta con dos dedos y la examinó por el anverso y el reverso. Sacó una lupa de gran potencia y examinó con infinita atención la superficie que debiera estar grabada.

—¿Opina usted que Ritchie le sugestionó? —preguntó al cabo de unos instantes.

—No. En absoluto.

Ghöne se reclinó sobre el sillón, abanicándose con el naipe.

—Querido Johnny, mucho me temo que nos encontremos en presencia de un monstruo.

—¡Profesor! —exclamó el joven.

—Sí, como lo oye. Si usted está positivamente seguro de que la baraja era normal y ahora, de repente, aparece una carta en blanco, es que Ritchie, por algún procedimiento que nos es desconocido, ha hecho desaparecer ese grabado. Fíjese bien, Johnny, si eso lo ha conseguido solamente con un ligero «test», sin apenas entrenamiento, sin saber apenas qué es lo que tiene debajo del hueco craneal, ¿qué no conseguirá cuando su poderosa mente haya conseguido su completo desarrollo?

—Aterra pensar en ello, profesor —convino Johnny con acento temeroso.

—Sí, efectivamente, Ritchie es un monstruo. Lo demostró el día en que dijo que la computadora estaba equivocada. Ni el mejor de nosotros habría sabido hacer una cosa semejante. No me pregunta cómo lo hizo, Johnny; eso es algo que, posiblemente, no sabremos nunca, ni él lo sabrá tampoco. Sólo una cosa hay segura: Ritchie

está dotado de lo que nunca mejor podría llamarse una «supermente». Sería capaz de cogernos a todos cuantos estamos aquí y alzarnos en vilo con la milésima parte del esfuerzo que me costaría a mí levitar una simple carta de esa baraja.

—Es espantoso —exclamó Johnny—. En tal caso, ¿qué hacemos con él?

Ghöne se disponía a dar su respuesta, pero no tuvo tiempo; los nudillos de Smara golpearon en la puerta.

El profesor miró a Johnny y le hizo una seña. Johnny abrió y la muchacha se precipitó en el interior.

—¡Profesor! —exclamó en tono alterado—. ¿Qué han averiguado de la carta en blanco?

—Puesto que Johnny afirma rotundamente que estaba grabada cuando se disponía a realizar la prueba «standard» con nuestro huésped, no cabe la menor duda de que Ritchie ha hecho desaparecer la imagen impresa de alguna manera —respondió Ghöne.

—¿Cómo? Explíquemelo, profesor —rogó la muchacha.

Ghöne levantó los hombros.

—No tengo la menor idea. Pero sí sé una cosa, Smara.

Deliberadamente, Ghöne hizo una leve pausa, a fin de acentuar el énfasis dramático de sus palabras.

—Sospechamos de Ritchie como posible aliado de los hombres de la S. T. Hasta ahora, no tenemos motivo alguno que pueda confirmar tales sospechas, cosa que, por otra parte, puede no ser cierta. Pero una cosa hay evidente: aunque no esté relacionado con la S. T., el exorbitante, fabuloso, descomunal poder de su mente le hace un enemigo peligrosísimo para nosotros. Todos, todos, incluido el Número Uno, somos como chiquillos en sus manos, valga la metáfora. Por lo tanto…

Smara aguardó anhelante a qué Ghöne concluyese sus palabras.

—Por lo tanto, ese hombre debe ser destruido —sentenció el profesor con acento que no admitía lugar a dudas.

CAPÍTULO XI



het fingió indiferencia al ver entrar a Smara en el barracón. Estaba sentado al lado de la mesa y mantenía un pitillo en equilibrio vertical sobre la yema del dedo índice, como si estuviese entreteniéndose con un sencillo juego.

El joven se dio cuenta bien pronto de las nubes de preocupación que cubrían el hermoso rostro de la muchacha. Sin embargo, fingió no haber advertido nada y siguió con su entretenimiento.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Quién tenía razón?

Smara se sentó frente a él y le contempló fijamente.

—¿Cómo lo hiciste, Chet?

—¿Hacer? ¿A qué te refieres, querida? —preguntó él en tono natural.

—Oh, no te hagas el desentendido —exclamó ella enojadamente —. Demasiado sabes a qué me refiero. Hablo del naipe grabado y que apareció en blanco.

—Ah, el naipe —dijo Chet sin mirarla. De pronto retiró el dedo y

el pitillo quedó suspendido en el aire—. ¡Es maravilloso descubrir que uno posee estas facultades! ¿No te parece querida?

—¡Chet! ¡Te estoy hablando en serio! Contéstame, te lo ruego.

El joven se enfrentó con ella, mientras el cigarrillo continuaba levitando en el aire. Podía dedicar a ello una infinitésima porción de su mente, sin esfuerzo alguno, en tanto el resto atendía a lo demás.

—¿Te interesa saberlo?

—Claro que sí —respondió ella con acento de insistencia—. Por favor…

De repente, él formuló una pregunta incongruente:

—Smara, ¿qué dirías tú si yo te afirmase, así, de pronto, que no estoy con vosotros, sino contra vosotros?

Smara apretó los labios.

—¿S. T.? —preguntó.

—Ésa es una posibilidad digna de tenerse en cuenta. Pero también puede ocurrir que yo actúe por propia iniciativa.

—En tal caso, ¿por qué?

—Primero dime: ¿qué harías en tal caso? ¿Hacia dónde se dirigiría tu lealtad? ¿Hacia mí o hacia la O. C. O?

El pecho de Smara palpitó tumultuosamente. El color huyó de su rostro.

—Me pones en un dilema, Chet —contestó con un hilo de voz.

Chet estiró la mano, atrapó el cigarrillo y se lo puso en la boca. Acto seguido, sacó los fósforos y los lanzó al aire.

La caja se abrió por sí sola y un fósforo salió al exterior, se encendió por sí solo, ante los estupefactos ojos de Smara. La llamita se acercó al cigarrillo que Chet tenía entre los labios.

—Me das miedo, Chet —dijo ella en voz baja.

—Y tú a mí me das pena, porque no eres capaz de desligarte de una absurda organización de locos, dirigidos por un maniático que cree tener entre sus manos la solución a los problemas del mundo. Bien —concluyó él en tono seco—, ya sé a qué atenerme con respecto a tus sentimientos hacia mí.

—¡No, Chet! Déjame explicarte…

—Éste es el viejo conflicto entre un hombre y una mujer, tan viejo como el mundo. Cuando dos seres se aman, abandonarán todo por ellos y por su amor. Ya he visto que tú no eres de esa clase de

mujeres y, ciertamente, me has causado una gran decepción, Smara. Lo siento de veras.

Lentamente, ella se puso en pie. Era evidente que luchaba contra dos sentimientos absolutamente dispares: el amor hacia Chet y la devoción que sentía por la causa a la cual servía.

—Si tú quisieras… —dijo débilmente.

Chet expulsó el humo. El chorro azulado formó de repente una sílaba de dos letras.

«No».

Smara comprendió y bajó la cabeza. En completo silencio, salió de la habitación.

Al quedarse solo, Chet arrojó el cigarrillo al suelo, usando su fuerza física, y lo pateó de una manera completamente normal. Había esperado que la muchacha le advirtiese de la sentencia dictada por Ghöne contra él. En lugar de hacerlo, había preferido guardar silencio. Bien, ya sabía a qué atenerse con respecto a Smara. Ahora, lo que debía hacer era mantenerse alerta cada segundo del tiempo que permaneciese en aquella caverna. ¿Cuándo atacaría Ghöne? ¿De qué forma pensaba destruirle? ¿Cómo pensaban acabar con él?

* * *

Llegado el período nocturno, las luces de la caverna se extinguieron casi totalmente, dejando la enorme oquedad sumida en una penumbra muy poco separada de la oscuridad total. Chet había cenado solo, sin que hubiese visto a la muchacha desde su separación.

Se tendió en el lecho y apagó la luz interior de su dormitorio. Por la ventana, penetraba parte del débil resplandor externo.

Pasó un largo rato, horas quizá. De pronto, Chet sintió que una mente extraña tanteaba la suya, como si quisiese explorar su cerebro durante el período de sueño.

Procuró mantener su mente en blanco, dejando que el extraño continuase su exploración. Podía poner en funcionamiento el neutralizador, pero no quiso hacerlo: le interesaba sobre todo, conocer las intenciones de su adversario.

El dardo mental explorador se retiró. Una voz sonó tenuemente

en su cerebro.

—Duerme —dijo alguien.

—Bien —contestó otro. Ésta es la ocasión.

—¿Cómo…?

—La esclusa. Abriremos la compuerta externa, después de haber dejado cerrada la interior, y permitiremos la entrada de las aguas. En unos segundos habremos acabado con él.

—¿Y si despertase?

Chet percibió una sonrisa mental.

—No despertará. Vamos.

El joven extendió su percepción mental, divisando dos figuras que salían subrepticiamente del despacho del profesor Ghöne. No tardó mucho en conocer su verdadera identidad.

Los dos hombres caminaron en silencio hacia su alojamiento. Chet supo que actuaban de aquella manera, debido a que no se atrevían a enfrentarse directamente con él temerosos de que pudiera utilizar sus fabulosos poderes psíquicos. Tampoco le costó mucho adivinar el procedimiento que iban a emplear para reducirle a la impotencia.

Súbitamente, algo relampagueó en su cerebro con la violencia de un cañonazo. Fue algo tan inesperado, que estuvo a punto de romper su tensión mental y dejarle desprotegido contra el ataque que no iba a tardar mucho en producirse.

—¡Chet! —gritó Smara—. ¡Despierta, pronto! ¡Quieren destruirte! ¡Date prisa; no hay tiempo que perder! ¡Chet! ¿Me escuchas?

El joven hizo un esfuerzo por continuar aparentando que seguía dormido. Interiormente, se felicitó de que, al fin, Smara hubiese comprendido al camino que debía seguir, pero tenía su plan trazado ya de antemano y quería realizarlo hasta el fin.

La voz de Smara resonó de nuevo angustiosamente en su cerebro. Era evidente que ella quería avisarle, pero, al mismo tiempo, trataba de cubrirse para evitar posibles represalias. Aunque el gesto de la muchacha le había causado una viva satisfacción, Chet estimó que no era suficiente; quería algo más, que ella se pusiese enteramente a su lado, no sólo mentalmente, sino también en forma corporal.

—¡Por el amor de Dios, Chet, despierta!

Continuó «dormido». En aquel instante, se abrió la puerta del

barracón y los dos hombres penetraron en el mismo.

Smara salió a su encuentro.

—¿Qué es lo que desea, profesor? —preguntó.

—¡Silencio, maldita sea! —Gruñó el aludido—. ¡No grite tanto; despertará a Ritchie y lo estropearemos todo!

—Profesor, estoy en contra de que se le cause el menor daño — dijo ella rotundamente.

Ghöne respingó.

—¿Cómo? ¿He oído bien? —exclamó, atónito.

—Perfectamente, profesor —aseguró la muchacha—. Pueden pensar de mí lo que quieran, pero amo a Chet Ritchie y no consentiré que lleven a cabo sus funestos propósitos.

—¡Es usted una traidora! —dijo el acompañante del profesor.

Ghöne extendió la mano.

—Por favor —murmuró suavemente—. Si seguimos así, vamos a despertar al durmiente. Procuremos portarnos como personas normales. Smara, trate de recapacitar. No se trata ahora de un individuo, sino de la organización entera. El interés de la colectividad exige el sacrificio de un individuo: Chet Ritchie. Eso es todo —concluyó Ghöne secamente.

—¿El interés de la colectividad… o el suyo personal? —preguntó Smara sarcásticamente—. ¿No será que tanto usted como el Número Uno temen que, dejando a Ritchie con vida, pueda arrebatarles el puesto y las preeminencias de que ahora disfrutan y las que puedan conseguir más adelante?

El profesor pareció meditar unos segundos. Luego prosiguió:

—Hablando con franqueza, puede que sea eso —murmuró. Súbitamente, sin realizar el menor gesto que pudiese delatarle, disparó su puño con terrorífica violencia contra la mandíbula de la muchacha.

Smara puso los ojos en blanco y se desplomó al suelo sin conocimiento.

—¡Maldita estúpida! —Gruñó Ghöne—. ¡Enamorarse de Ritchie!

—Ha estado a punto de estropearnos el plan —dijo Johnny.

—Sí, pero ya no nos servirá de estorbo.

—¿Piensa matarla a ella también? —pregunto Johnny.

El profesor hizo una pausa. Chet atiesó todos sus músculos. Si le causaban el menor daño, los destrozaría con sus propias manos.

Afortunadamente, el profesor tenía otras intenciones.

—Dejaré que sea el Número Uno quien juzgue este caso, Johnny. Así se enterarán los demás de lo que sucede cuando uno de nosotros nos traiciona.

—Una excelente idea —aprobó Johnny—. ¿Vamos?

—Sí —contestó Ghöne.

Los dos hombres se acercaron a la puerta del dormitorio. Chet continuaba fingiéndose completamente dormido.

En completo silencio, Ghöne extrajo de uno de los amplios bolsillos de su blusa una jeringuilla hipodérmica, convenientemente protegida. Examinó cuidadosamente el nivel del líquido y, luego de haber puesto al descubierto uno de los brazos del joven, le clavó la aguja bajo la epidermis.

Chet se estremeció al sentir el pinchazo, lo cual contribuyó a dar más realismo a su ficción. Una vez hubo pasado todo el líquido al interior de su organismo, los dos hombres se retiraron unos pasos y aguardaron en silencio.

El joven sintió que la droga se expandía con inusitada rapidez por el interior de su cuerpo. Concentró su mente para detener el avance del narcótico. Luego, con rápido esfuerzo, lo eliminó por el sencillo procedimiento de acumularlo en los poros de la piel, procurando que esto sucediera solamente en los lugares cubiertos por las ropas, a fin de que la transpiración no le delatara. La droga no tuvo tiempo de hacer sus efectos.

Pasados un par de minutos, Ghöne se acercó al lecho y encendió la luz. Con el dedo pulgar levantó uno de los párpados del joven.

—Dormido como un tronco —dijo, satisfecho.

—Magnífico —exclamó Johnny. Se aproximó a la cama y echó las ropas a un lado. Luego levantó el cuerpo del joven y se lo cargó al hombro.

Ghöne salió en primer lugar, precediendo a Johnny. A continuación, los dos hombres se dirigieron hacia la compuerta interna de la esclusa.

Momentos después, llegaban al lugar deseado. Ghöne pulsó el botón de apertura y el enorme portón de acero empezó a deslizarse silenciosamente a un lado.

Momentos después, Johnny franqueaba la compuerta y descendía por los escalones. Al llegar abajo, se inclinó a un lado,

dejando que el cuerpo de Chet cayera por sí solo.

Fiel a su papel, el joven continuó con su ficción. Esto le resultó fatal. Su cabeza chocó contra la dura roca del suelo y perdió el conocimiento.

Satisfecho por el resultado obtenido, Johnny se sacudió las manos, como limpiándoselas de un polvo imaginario. Subió la escalera y pasó al otro lado.

—Asunto concluido, doctor —exclamó.

Ghöne sonrió también. Cerró la compuerta e inmediatamente pulsó el botón de mando que abría la compuerta exterior.

El agua empezó a penetrar en la esclusa.

CAPÍTULO XII



a entrada del agua tenía que hacerse con grandes precauciones. La enorme presión de la masa líquida, a tan enormes profundidades, habría producido una terrible catástrofe si la irrupción del agua se hubiese producido de manera brusca.

En los primeros momentos, sólo un leve chorrito de líquido, de unos pocos milímetros de grosor, penetró en la oquedad, aunque proyectado con tremenda potencia, debido a la presión. Unos minutos después, los mecanismos automáticos abrieron otros dos orificios, algo más grandes.

A los diez minutos, se abrieron seis agujeros más de un centímetro de diámetro. El agua empezó a inundar el suelo de la esclusa.

El líquido mojó las espaldas del joven. Chet se agitó, murmurando algunas frases ininteligibles e incongruentes.

El nivel del agua subió. Chet volvió a moverse. La nuca se le

mojó por completo.

Despertó. Un agudo dolor apareció de repente en su cráneo.

Durante unos momentos, permaneció aturdido, sumido en una semiinconsciencia que no le permitía coordinar con claridad sus ideas. De pronto, recordó todo lo que le había ocurrido.

Se sentó en el suelo, sintiendo la frialdad del líquido. Metió las manos en éste y se hizo unas cuantas aspersiones en el rostro, con lo cual terminó de espabilarse.

Permaneció unos momentos quieto, reflexionando sobre la conducta a seguir. Realmente, su situación no tenía nada de agradable. ¿Y si fallaba el plan concebido?

Se estremeció y no precisamente de frío. Pronto tendría ocasión de comprobarlo, se dijo.

El agua seguía subiendo. Sentado como estaba, le llegaba ya hasta el pecho. Se puso en pie y esperó.

Empezó a concentrarse cuando el nivel del líquido le llegó a la garganta. Su concentración fue tal que se aisló por completo de cuanto le rodeaba.

Quince minutos más tarde, la esclusa estaba llena por completo. Pero Chet continuaba vivo, gracias a la suspensión casi total de sus funciones corpóreas.

El fabuloso poder de su mente le había permitido establecer en torno a su cuerpo una especie de capa envolvente, que hacía desaparecer por completo la terrorífica presión del agua, de varios centenares de atmósferas a semejante profundidad. Sí, el profesor Ghöne había tenido razón; él era un monstruo, un «supermente», dotado de unos poderes inimaginables.

Pero no por ello iba a consentir en su propia destrucción. Su modo de pensar era absolutamente distinto al del Número Uno, de Ghöne y demás secuaces. El no sentía ambición de poder ni tenía deseos de elevarse en rango y preminencias por encima de nadie, como tampoco deseaba en modo alguno erigirse en dirigente absoluto. Lo que aquellos sujetos pretendían era, pura y simplemente, aprovecharse de sus poderosas facultades y, aunque de momento muchos estuviesen animados por buenas intenciones, Chet conocía lo suficiente el corazón humano para no saber lo que vendría después, cuando aquella pandilla hubiese dado a sus torpes propósitos. Por otra parte, no había más que pensar en lo que le

habían hecho momentos antes, considerando que iba a resultar un estorbo para sus planes. La minoría acabaría por imponerse a la mayoría y el Número Uno, Ghöne y sus más inmediatos colaboradores, acabarían por hacer con los rebeldes, que los habría, indudablemente, lo mismo que habían hecho con él.

¡Matarles!

Pensó que ya había pasado un espacio de tiempo suficiente para entrar en acción. Era llegado ya el momento de probar de verdad el auténtico poder de su mente. En su opinión, mantenerse durante más de veinte minutos bajo el agua, a miles de metros y con varios cientos de atmósferas de presión, no era más que un simple «divertimento». Lo bueno venía ahora.

Se acordó de Smara y del día en que la había visto desaparecer delante de sus propias narices. La muchacha se había teleportado a otro sitio distinto. Ahora, él tenía que salir de la esclusa.

Se concentró hasta límites increíbles. El poder de su mente llegó hasta la última de sus células, impartiendo una orden a todas y cada una de las mismas. Cerró los ojos, viendo, sin embargo, a través de los párpados, de la oscuridad y de la capa de agua que le envolvía. Hizo un esfuerzo y «salió» de la esclusa.

Quedó junto a la compuerta de acero, empapado de agua de pies a cabeza. Realizó otro esfuerzo y las gotas de agua que le cubrían fueron expulsadas de sus ropas y epidermis. En un santiamén quedó completamente seco.

Tenía que actuar, pero no podía hacer nada sin una previa exploración del terreno. La caverna estaba sumida todavía en la penumbra del período nocturno. Se tanteó la peluca, poniendo en funcionamiento el interferidor de ondas mentales. Estaba demostrado ya que él podía emitirlas con toda perfección, mientras que las que le dirigían otros quedaban anuladas por el aparato. Por si acaso, no le costaba nada estar prevenido.

De momento, permaneció en el mismo sitio. Entrecerró los ojos y lanzó unos dardos exploratorios mentales, buscando a Smara. La encontró en el despacho del profesor Ghöne, junto con éste y Johnny.

La muchacha estaba sentada en una silla y lloraba a lágrima viva. El profesor trataba de consolarla.

—Vamos, vamos, mi querida Smara, no es preciso que se aflija

tanto. A fin de cuentas, usted es joven y pronto olvidará lo sucedido. Con esa cara tan bonita, ya verá qué poco tarda en tener un nuevo pretendiente que le haga olvidar a…

Smara levantó la cabeza de pronto.

—¡No quiero a ninguno más! —dijo rabiosamente—. ¡Yo amaba a Chet Ritchie y ustedes lo han asesinado!

—Por el bien de la organización, naturalmente —contestó Ghöne en tono melifluo—. Además, no puede hablarse de asesinato, sino de supresión de un obstáculo.

—Diga lo que diga, usted y Johnny serán siempre para mí unos asesinos —exclamó Smara llena de indignación—. No trate de dorarme la píldora; la muerte violenta de un hombre, sea quien sea, sólo tiene un calificativo.

De pronto se puso en pie, con ojos llameantes y expresión fiera.

—Profesor, quiero que sepa una cosa —dijo en tono resuelto—. En cuanto llegue el submarino, me iré de aquí. A partir de este momento, pueden dejar de contar conmigo. Ahora veo claramente que Chet tenía razón. Son ustedes unos ambiciosos sin escrúpulos, que no sienten la menor repugnancia en cometer los peores delitos con tal de conseguir sus turbios propósitos Ingresé en la
O. C. O.
de la mejor buena fe del mundo, pero nada de lo que hagan en lo sucesivo logrará convencerme de la bondad de sus fines. Ya sabe cuál es mi modo de pensar, profesor, así que le ruego no ponga impedimento alguno a mi partida.

Por un momento, Chet creyó que Ghöne se encolerizaría, pero no fue así. Mientras Johnny permanecía expectante, como aguardando órdenes, el profesor se acarició la barbilla con gesto reflexivo.

—Mi querida niña —dijo—, temo que eso no va a poder ser.

—¿Por qué? —inquirió Smara.

—Sencillamente, no la dejaremos salir de la caverna.

Smara sonrió despectivamente.

—¿Cree que posee la suficiente fuerza para detenerme, si yo no lo quiero? —exclamó.

—Smara, usted posee ciertamente la facultad de teleportarse, pero sólo a distancias limitadas. Jamás podría franquear la masa de miles de metros de agua que gravita sobre nuestras cabezas. Es

obvio, pues, que no podrá salir de aquí sin nuestro consentimiento… ¡y eso es algo que no obtendrá jamás! —concluyó Ghöne con acento que no dejaba lugar a dudas.

Hubo una pausa de silencio. Estupefacta, Smara miraba alternativamente al profesor y a Johnny. El profesor dio una orden:

—Johnny, llévala a su alojamiento y que espere allí hasta que yo lo disponga. —Clavó sus ojos en la muchacha con fría ferocidad—. Y no se le ocurra moverse de allí sin permiso; es posible que no fuese entonces tan considerado como ahora.

Johnny se acercó a la muchacha y quiso tomarla por un brazo. Ella le rechazó furibundamente.

—Déjame en paz —dijo, muy excitada—. Profesor, le aseguro que…

Chet se dijo que era hora ya de tomar una iniciativa. No había querido penetrar en el cerebro de Ghöne, a fin de no ser descubierto, pero estaba seguro de que lo que el individuo estaba pensando en aquellos momentos respecto a Smara no era nada bueno. Hizo un súbito esfuerzo y se teleportó en una fracción de segundo al despacho de Ghöne.

Smara lanzó un agudo grito.

—¡Chet!

—Hola, querida —dijo él, sonriendo alegremente. ¿Qué tal, profesor, Johnny? ¿Cómo están?

Petrificados, estupefactos por su insólita aparición, ninguno de los dos tuvo fuerzas para pronunciar una sola palabra.

—Estás vivo, Chet —dijo ella, como si no creyera en lo que estaba viendo.

—Ciertamente. Ese par de miserables no calcularon que yo podía estar vigilándoles desde hacía mucho rato. Por lo tanto, me fue sencillo fingir que continuaba durmiendo y permití que me pusieran la inyección narcotizadora. Eliminé rápidamente la droga y… Pero eso es ahora lo de menos.

Miró severamente a la pareja.

—Se acabaron sus tropelías, profesor y Johnny. Ahora mismo, los voy a poner a ustedes dos en situación de no volver a cometer ninguna indignidad más. Todo ha salido como yo pensaba; son unos ambiciosos intrigantes, a los cuales el bien de la humanidad tiene sin cuidado, lo mismo que a ese pretendido Número Uno. Voy a

acabar con la
O. C. O.
de un solo golpe.

—¡No lo conseguirá! —aulló Ghöne, lívido de ira.

De pronto, actuando de una manera inesperada, abrió el cajón de su mesa y extrajo un revólver. Antes de que nadie pudiera detenerle, apretó el gatillo.

Smara lanzó un agudo grito al ver la acción de Ghöne. Éste había obrado tan rápidamente que presumió poder coger a Chet por sorpresa.

La poderosa mente del joven entró en acción instantáneamente, anticipándose en una fracción de segundo al gesto de Ghöne. El proyectil quedó suspendido en el aire, a mitad de camino.

Los ojos de Ghöne amenazaron con salir de sus órbitas. Chet sonrió tranquilamente.

—Profesor —dijo en tono normal—, he detenido el proyectil, pero todavía conserva íntegra toda la inercia que le ha proporcionado la deflagración del explosivo.

La bala giró de repente y apuntó al pecho de Ghöne.

—El impulso de proyección está contenido —añadió Chet—. ¿Qué le parecería si yo dejase ahora que la bala siguiese su camino?

Gruesas gotas de sudor brotaron de repente de la frente de Ghöne. Aterrorizado, extendió sus manos.

—¡No, por favor! —gimió—. Haré lo que pida… le daré cuanto quiera…, ¡pero aparte esa bala, por el amor de Dios!

—No es necesario que me pida nada, profesor —dijo el joven en tono lleno de severidad—. Usted, Johnny y unos cuantos más, han tenido la buena fortuna de topar conmigo; de otro modo la suerte que habrían corrido sería muy distinta. De todas formas, les voy a poner en condiciones de no proseguir adelante con sus planes.

Hizo girar la bala y la punta se dirigió hacia el suelo. Cortó las amarras mentales que detenían al proyectil, el cual se clavó inmediatamente en el pavimento.

Chet movió la mano derecha un par de veces.

—Cuando llegue el submarino —dijo lentamente—, usted, Johnny y todos cuantos están aquí, abandonarán esta caverna. Abrirán, las esclusas y el agua lo invadirá todo. Una vez en la superficie, volverán a sus anteriores ocupaciones o se buscarán

otras, pero jamás volverán a acordarse de lo que fueron ni de los actos que realizaron. Sus mentes serán de nuevo las de una persona normal, quedándoles prohibido todo cuanto esté relacionado con la percepción extrasensorial. Ni siquiera les digo que morirán si quebrantan esta orden porque, sencillamente, no podrán quebrantarla jamás. Eso es todo. Adiós.

Cogió el brazo de la muchacha y salió al exterior. Una vez fuera del barracón, se detuvo y cerró los ojos unos instantes.

Al cabo de unos momentos, abrió los ojos de nuevo. Miró a la muchacha y sonrió.

—Ya está —dijo.

—Ya está, ¿qué, Chet? —preguntó Smara, sumamente intrigada.

—Todos cuantos están en la caverna, han recibido la misma orden que el profesor y Johnny. El poder de su mente ha desaparecido por completo. Apenas lleguen a la superficie, lo olvidarán todo.

—¿También a mí me has dado una orden semejante? —preguntó.

Chet sonrió.

—Dejé antes que fueses tú quien tomases una resolución con respecto a mí. Te costó bastante llegar a una conclusión, pero, afortunadamente, elegiste el mejor camino.

—Oh, Chet, es que no podía soportar la idea de que te hiciesen daño. En aquel momento, vi con claridad cuál era mi deber.

—Cosa que celebro como no te puedes imaginar. Por lo tanto, a ti no te forzaré a que olvides esto ni a que te causes violencias en tu propia mente.

—Lo olvidaré todo —declaró Smara apasionadamente.

—Lo recordarás junto a mí, porque ya no te separarás de mi lado en los días de tu vida. Y, estando a mi lado, no harás mal uso de esas maravillosas facultades que posees.

Smara le contempló amorosamente. Luego se estrechó contra él.

—¿Qué haremos ahora, Chet? ¿Cómo saldremos de la caverna? El submarino tardará tres días en llegar…

—No podemos esperar tanto. El Número Uno tratará de comunicarse antes con el profesor Ghöne y se enteraría de lo sucedido, aunque Ghöne no le dijese nada. Por lo tanto, hemos de ver al Número Uno, sin darle tiempo a que éste se ponga en acción

contra nosotros.

La muchacha se puso seria.

—¿Quién es el Número Uno, Chet? Yo sólo sé un número telefónico, por medio del cual me comunicaba con él. Nunca quiso permitir que nadie conociera su verdadera identidad.

—Lo cual prueba, incontestablemente, la maldad de sus intenciones. Ahora ya sé quién es, pero lo he averiguado mediante la deducción, no porque haya explorado en la mente de Ghöne. Vamos a verle, Smara.

—¡Pero no podemos salir de aquí! —gimió ella, angustiada.

—Déjalo de mi cuenta, querida. Abrázame con fuerza… así, muy bien. Ahora, cierra los ojos…, abre tu mente de par en par y déjala en blanco. No pienses en nada…, en nada…, en nada…

Chet calló. Luego sus párpados se cerraron también.

Concentró su mente. Sabía que debía realizar un esfuerzo poderosísimo.

Segundos más tarde, la pareja se convirtió en un remolino de brillantes puntitos negros que giraba vertiginosamente. La velocidad de giro aumentó, en tanto que la densidad del remolino disminuía a ojos vista. De pronto, aquella masa impalpable, etérea, casi inexistente, se disparó con tremenda velocidad hacia arriba.

* * *

Chet y Smara se materializaron en la estancia de una casa segundos más tarde. Ella abrió los ojos y miró en torno suyo.

—Dios mío —murmuró—. ¿Qué has hecho, Chet?

—Posiblemente, mi último ejercicio de teleportación, querida.

—¿Dónde estamos?

—Ahora lo verás. Ven conmigo.

La tomó de la mano y la condujo hasta una puerta próxima, que abrió sin vacilar.

La estancia contigua era un dormitorio. Sobre el lecho había un hombre que dormía apaciblemente.

—Doctor Barber.

El hombre se despertó y se sentó lentamente en el lecho.

—Buenos días, Número Uno.

Los ojos de Barber centellearon al saberse descubierto.

—¿Cómo está aquí? —preguntó hoscamente.

—La O. C. O. ha quedado destruida —contestó Chet, impasible—. Sólo queda en pie su cabeza y voy a cortarla inmediatamente.

La prominente nuez de Barber subió y bajó con espasmódicos movimientos.

—Debí de haberlo adivinado mucho antes —siguió el joven—. En cierta ocasión, exploré su mente. No encontré nada. Sólo una especie de vacío gris, neutro. Esto me convenció en aquellos momentos de que usted no poseía ninguna de nuestras maravillosas facultades.

»Pero me equivoqué. Supongo que debió de ser por falta de experiencia. No podía saber entonces que una mente jamás está desocupada. Siempre pensará en algo, mientras su dueño no esté durmiendo y aun eso en ciertos períodos del sueño solamente. Usted previno que yo podría sondear su cerebro y lo “vació” totalmente, por decirlo así. La lástima es que no me diera cuenta a tiempo; podíamos habernos ahorrado muchos disgustos.

—¿Cuáles son sus intenciones, Ritchie? —preguntó Barber roncamente.

—Simplemente, convertirle en un hombre normal. No puedo consentir que usted lleve a cabo sus funestos planes, eso es todo.

Una débil sonrisa distendió los delgados labios de Barber.

—¿Cree que lo conseguirá? —preguntó en tono retador—. ¡Pruébelo!

El joven aceptó el desafío. Casi en el acto, sintió en su cerebro el poderoso impacto de la mente de Barber.

Concentró la suya. Rápidamente se dio cuenta de que Barber era también un fuera de serie. Gotas de sudor aparecieron en su frente, a causa del esfuerzo que realizaba.

Espantada, Smara se echó a un lado, contemplando con ojos dilatados por el espanto la lucha que sostenían aquellos dos hombres. Durante unos momentos, el silencio más absoluto reinó en la estancia.

De pronto ocurrió algo horrible.

Las facciones de Barber empezaron a desdibujarse.

Sus rasgos desaparecieron, al mismo tiempo que la silueta de su

cuerpo se convertía en una masa amorfa. El brillo de sus ojos se apagó.

En unos minutos, el cuerpo de Barber se convirtió en un montón de polvo gris, con figura levemente humana. De pronto, aquel montón se desmoronó, ensuciando las sábanas.

—¡Chet! —gritó la muchacha, espeluznada, con una mueca de horror.

El joven abrió los ojos con gran lentitud.

—Hola, querida —sonrió desmadejadamente. Se pasó una mano por el rostro, húmedo de transpiración.

—¿Qué ha pasado, Chet? —preguntó ella, abrazándosele estrechamente.

Chet lanzó una mirada sobre el lecho.

—Él mismo se desintegró, incapaz de soportar la tensión del choque. O quizá se dio cuenta de que no podría vencerme y se dejó convertir en polvo. No lo sabremos nunca, querida, pero —añadió —, al menos, esa amenaza ha dejado de preocuparnos para siempre.

—¿Y los demás? —inquirió Smara.

El joven sonrió de nuevo.

—Tendré que neutralizarlos poco a poco, pero sólo a los más importantes. Éste es un trabajo, sin embargo, que no requiere grandes prisas. Quizá se lo encomiende al capitán Milburn, como también la recuperación de las bajas de uno y otro bando y su conversión en personas normales.

—Sí —aprobó ella con un suspiro. De pronto recordó una cosa —: Dime, Chet, ¿cómo te las arreglaste para hacernos ver la carta sin su grabado?

El joven se echó a reír.

—Simplemente, quise hacer una prueba. Me salió bien, por cierto. Hice desaparecer las partículas de tinta que componían el grabado, eso es todo.

Smara le miró y se echó a reír. Luego preguntó:

—¿Y nosotros, qué haremos, Chet?

—Olvidarnos que poseemos tales facultades —contestó él en tono solemne—. Debemos dejar de ser unos semidioses y convertirnos en unos seres corrientes.

—¿Marido y mujer? —preguntó ella maliciosamente.

—¡Qué mujeres! Siempre han de estar pensando en el

matrimonio.





LA MISTERIOSA LLAMADA DE LOS ESPACIOS INFINITOS

EL INCREÍBLE PROGRESO DE LOS SIGLOS FUTUROS

EL ALUCINANTE ARCANO DE LA VIDA EN OTROS MUNDOS

La ficción científica le proyectará más allá de las fronteras de nuestro mundo, hasta las últimas galaxias y los mundos más diversos en

ESPACIO EXTRA

con los autores españoles de este género que pueden compararse dignamente a los maestros de la "science fiction" de todo el mundo.

Publicación mensual

Impreso por Ediciones Toray, S. A. Arnaldo de Oms, 51-53 - BARCELONA

Precio: 8 ptas.



LUIS
GARCÍA
LECHA
. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales. —Bruguera, Toray— que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos
Can-Can
y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.